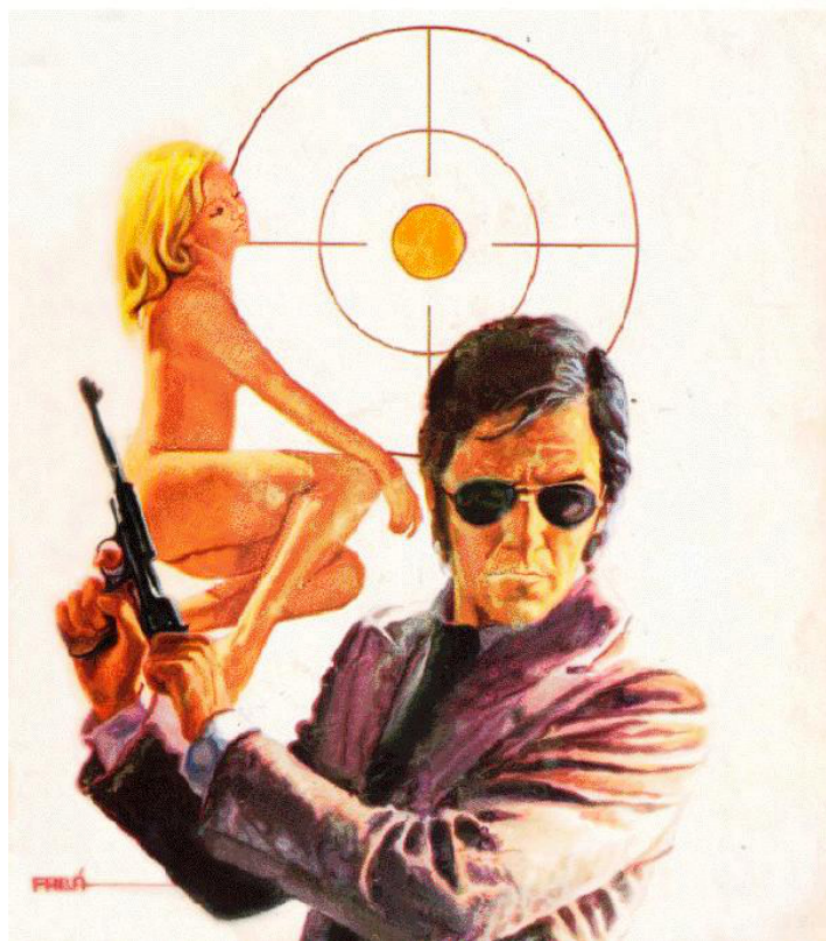


BOULEVARD BRUGUE RA
PUNTO
ROJO

criminal prefabricado

CURTIS GARLAND



COLECCION

PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:
1.375 — Sangre para una ópera rock.

En Colección PUNTO ROJO:
738 — Programado para el terror.

En Colección LA HUELLA:
76 — La más extraña misión.

CURTIS GARLAND

CRIMINAL PREFABRICADO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 774
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 52.266 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: febrero, 1977

© Curtis Garland - 1977

texto

© Salvador Fabá - 1977

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

PRÓLOGO

Los periódicos estaban haciendo su agosto.

Un chusco, hubiera dicho que eso, en pleno invierno, resultaba incongruente. Pero no hubiera pasado de ser un mal chiste, de dudosa gracia. Lo cierto es que el dicho respondía exactamente a la realidad. La venta de rotativos, en los últimos días, había aumentado considerablemente. Y no sólo en Nueva York, sino en todo el país, sobrepasados ampliamente los límites de las divisorias estatales del país. A fin de cuentas, lo que en principio había sido un caso estrictamente local, un problema de la policía de Nueva York, era, ahora, un auténtico conflicto nacional.

Para Martin Ryan, del cuerpo de redacción del *Globe*, era mucho más que eso. Sabía que empezaba a ser un verdadero asunto mundial. Eran ya muchos los redactores extranjeros y los corresponsales de publicaciones centro y sudamericanas, e incluso europeas, que indagaban de él detalles del caso. Para eso era el mejor y más prestigioso cronista de sucesos de la ciudad de los rascacielos. La fama tiene siempre algo de oropel y de esplendor. Pero también tiene su servidumbre.

Martin Ryan se limitaba a retransmitir a sus colegas de fuera los datos que él conocía del caso, que no eran tampoco demasiado minuciosos. La policía guardaba una lógica reserva en torno al problema, y nadie podía reprochárselo, después de todo. El asunto era lo bastante grave como para adoptar toda clase de precauciones antes de ventilar alegremente sus detalles ante la opinión pública, no ya extranjera, sino incluso la norteamericana, cada vez más exigente y apremiante sobre unos datos que se le negaban de forma sistemática.

Martin Ryan no era más que un periodista, aunque muchos pensaran lo contrario, habida cuenta de su fama en la prensa, radio y televisión. Conforme con el axioma nacional de que la Prensa era

el Cuarto Poder, él mismo distaba mucho de considerarse un auténtico miembro de ese supuesto poderío político y social, pero admitía que su nombre y sus reportajes vivos, palpitantes, a veces audaces, la mayoría de ocasiones agresivos y mal vistos por la propia policía de la ciudad, o por autoridades de más alto nivel, le daban una aureola que, para bien o para mal, debía admitir con todas sus consecuencias.

Eso le obligaba a muchas cosas. Como, por ejemplo, a mostrarse más explícito ante las cámaras de televisión, cuando lo cierto es que desconocía por completo lo que estaba sucediendo entre bastidores. O publicar en su columna habitual detalles que sólo eran rumores, deducciones o pura imaginación de sus informantes, ya que la policía seguía a oscuras sobre el asunto, y él no podía ser diferente, ya que no poseía el don de la clarividencia, para llegar al fondo del *affaire*.

Y ese *affaire* era grave. Muy grave. Lo bastante grave como para que toda la ciudad estuviera conmovida. No podía ser para menos. A fin de cuentas, eran ciudadanos neoyorquinos los que estaban muriendo.

Ya habían caído cinco. El quinto, hacía solamente unas horas, cuando el *Globe* lanzó aquella edición extra que iba a hacer popular el nombre de Martin Ryan —si es que no lo era ya lo suficiente—, e, incluso, iba a enfrentarle en un torvo juego a vida o muerte con un siniestro y anónimo personaje que tenía aterrorizada a toda la ciudad con sus crímenes.

El *Globe* fue elocuente. Muy elocuente, sobre todo en su primera página donde, excepcionalmente, la firma de Martín Ryan iba al pie del recuadro de amplia letra negrilla, que seguía como editorial a los titulares espectaculares de su cabecera:

«Hace sólo unos minutos, la quinta víctima del monstruo de Manhattan. ¿Qué clase de policía tenemos, que no detiene la sangrienta carrera del asesino?

»Yo, Martin Ryan, asumo el papel que nuestras autoridades no saben representar dignamente. ¡Desafío al asesino! Y le prometo que lo encontraré y capturaré antes que la policía. Mi plazo es de dos semanas. En caso contrario, renuncio a mi carrera de periodista.

Todo Nueva York es testigo de mi palabra».

Sí. Era una información jugosa, espectacular. Como les gustaba a los lectores del *Globe*. La edición fue un éxito clamoroso. Se vendieron ejemplares en cantidad masiva, y se lanzaron sucesivas ediciones con nuevos datos sobre el quinto asesinato en Manhattan, pero respetando en todas ellas su máximo aliciente: el extraño y peligroso desafío de un simple reportero, por popular que fuese, contra un asesino despiadado, feroz y cruel como pocos...

Los teléfonos funcionaron a toda presión mientras el *Globe* era arrancado de manos de los vendedores, y devorado por lectores impresionados ante el alarde de osadía de aquel periodista demencial llamado Martin Ryan.

Desde el alcalde de la ciudad al gobernador del Estado, pasando por el fiscal del distrito, el senador por el estado de Nueva York y muchas otras personalidades, entre las que el jefe de policía de la gran urbe no era, ni mucho menos, una excepción, todos utilizaron el teléfono en aquellos momentos de tensión y nerviosismo provocado, en primer lugar, por el hallazgo de la quinta víctima del llamado *monstruo de Manhattan*, y, en segundo lugar, por la temeridad del agresivo Martin Ryan.

El quinto asesinato coincidía con el segundo mes de actividad del criminal. Darse a sí mismo dos semanas en tan ardua tarea, era un desafío poco menos que absurdo. Y, en todo caso, una arrogancia que sentaba muy mal a las fuerzas vivas de la gran ciudad.

Desgraciadamente para la policía, no le era posible amordazar al famoso reportero. Entre otras cosas, porque la democracia del país le hacía muy dueño de decir lo que le diera la gana. Y muy especialmente, porque nadie podía alegar que fuese capaz de obtener la identidad del criminal, y menos aún su captura, cuando todo, absolutamente todo sobre él, era desconocido para la policía... excepto el hecho terrible de que hubiera asesinado ya a cinco personas. Y a todas ellas con su *marca de fábrica*.

Las cinco murieron con sus cuencas vacías. Con los ojos vaciados, de una forma limpia y espeluznante...

PRIMERA PARTE

APUNTES DE UN ACTOR

CAPÍTULO PRIMERO

Me quedé mirando fijamente a mi visitante.

—Estás loco —dije—. Rematadamente loco.

Luego resoplé, sacudiendo la cabeza. Me limpié un lado de la cara con el *cold cream* del pote blanco. En el espejo del camerino, medio rostro parecía mucho más joven y bien parecido que el otro. Milagros del maquillaje. No es que sea feo ni maduro, pero en el teatro los afeites hacen su trabajo. Y lo hacen bien.

—¿Por qué? —preguntó él secamente, como si no le gustara mi comentario.

—Porque sí —refunfuñé—. Es un disparate completo.

—No es un comentario demasiado alentador —observó, cruzándose de piernas.

—¿Qué esperabas? —Ataqué el otro lado de la cara, despojándolo de todo artificio—. Me gusta llamar a las cosas por su nombre, Martin.

—Sí, ya lo he notado —suspiró, contemplando un insignificante mosquito que deambulaba sobre las bombillas del espejo, atolondradamente—. Pero esperaba que fueses algo más comprensivo. Mi idea tiene sentido.

—¿Para quién? —Traté de saber.

—¡Vete al infierno! —Se disgustó—. La idea se me ocurrió anoche. Justamente cuando habían encontrado el quinto cadáver...

—Ya. Y se te ocurrió la brillante idea de que yo fuese el sexto.

—Mark, eres imposible. Se te ocurren las mayores tonterías del mundo. Siempre tuve la idea de que eras un actor serio, dramático, no un tipo a lo Dick Van Dyke o a lo Danny Kaye.

—¿Quién ha dicho que lo sea? —Reí—. Quieres darme un papel digno de Lon Chaney o de Vincent Price.

—No se trata de un guión de terror, Mark. Sólo de un pequeño montaje teatral... en la vida real. Trabajar sin maquillajes, sin

candilejas ni bambalinas. ¿Tan difícil lo ves?

—No sé. Es la primera vez que se me ofrece algo así. Sólo me preocupa una cosa. —¿Qué?—. El telón.

—¿El telón? —Parpadeó Martin—. ¿A qué te refieres?

—A eso: al telón. Al final de la obra. ¿Cómo termina? ¿Con un *happy end*... o con la muerte del protagonista?

—Espero que de la primera forma. No puede haber otra, Mark.

—¡Vaya si puede haberla! —Tiré el trapo de maquillaje al tocador y le miré con enfado—. Recuerda: el protagonista sería yo. Lo malo de esta obra es que no tiene libreto escrito. ¿Cómo puedo conocer su final?

—Dependerá de ti, en gran parte, no lo olvides. De todos modos, no puede ser tan arriesgado.

—¿No? —Mi gesto en el espejo era el de un hombre escéptico. Y realmente, me sentía así cuando me puse en pie y fui a un armario inmediato, de donde saqué un frasco de *whisky* y unos vasos—. ¿Tomas algo?

—Sí, claro —sonrió Martin—. Como tú. ¿Es *bombón*?

—No. *Scotch* —reí—. Recuerda: mis padres eran ingleses, amigo.

—Cierto. Lo había olvidado —tomó el vaso que acababa de mediarle de ambarino licor, y lo saboreó con un chasquido de su lengua—. Estupendo, Mark. Siempre te gustó el buen *whisky* escocés, debí recordarlo.

—Eres muy olvidadizo —refunfuñé, mirándole de reojo, por encima de mi vaso—. ¿Tanto te preocupa todo lo demás?

—Sí, Mark. Sinceramente. Me preocupa mucho —dejó su vaso en el tocador—. Me preocupa lo que llevo entre manos.

—¿A ti? —Reí, irónico—. No eres actor. ¿Por qué te alarmas?

—Eres un gran tonto, Mark. Si tú aceptas, me preocuparé por ti. Y por mí. Si es otro el que elige el gran papel..., pues sufriré por él.

—Eso viene a coincidir con lo que yo pensaba. Hay peligro, Martin. Mucho peligro.

—¿Por qué peligro? No tendrás que enfrentarte a nadie.

—¿Te parece poco lo que tendría que hacer? —resoplé—. Es demasiado arriesgado jugar al escondite con un asesino, ¿no lo entiendes? Ni siquiera sabemos quién es él. Sin embargo, él puede saberlo todo sobre mí.

—¿Por qué?

—Bueno, supongo que debe dar alguien la cara en primer lugar, si estás buscando montar una trampa para cazar una fiera viva. Tienes ideado el cebo. Te falta el cebo, y ése soy yo. Se supone que él tendrá que venir a mí, puesto que yo no sabría adonde ni hacia quién ir. ¿Estoy en lo cierto?

Martin Ryan se frotó el mentón, asintiendo despacio, con gesto pensativo. Su voz sonó mucho menos firme que antes. Tampoco se mostró tan propenso al humor.

—Bueno, en cierto modo... tienes razón —jadeó casi, tabaleando sobre el tocador, con su mirada perdida en unas fotografías que adornaban mi espejo, como recuerdo de mi interpretación en una versión teatral del *Fantasma de la ópera*, digna de la mejor época del cine mudo, pero lamentable como producto del teatro actual, para vergüenza mía. Sin rubor, atendí a mi visitante en su comentario inmediato, cuando dejó de contemplar distraídamente las pruebas palpables de aquel engendro escénico—. Mark, sé que es algo serio. Y difícil. Puede resultar sólo una farsa sin trascendencia alguna, un simple juego de resultados negativos para mí... o un drama con mucho riesgo para todos, especialmente para ti. He pensado en ello. Sé lo que vine a pedirte. Y, por lo tanto, también tengo algo que ofrecerte a cambio.

—¿Qué? —me interesé, más esperanzado ahora que antes.

—Esto, Mark —puso un papel doblado sobre mi tocador. Tenía un delicioso color verde suave que yo conocía. Tenía un talonario de ellos, pero mi cuenta bancaria tenía números rojos, de modo que era como si nada. Un cheque. Lo miré, sin atreverme a tocarlo. Martin Ryan sonrió, apoyando sus dedos sobre el papelito doblado—. ¿No piensas mirarlo, al menos, antes de darme una respuesta?

Mi última vacilación pasó. Luego, desdoblé el papel. Una ojeada bastó. Era una cifra seguida por cuatro ceros. Tragué saliva. Era mucho. Demasiado. Nunca vi, realmente, una cifra así, excepto en las películas.

—¡Martin! —murmure—. ¿Qué significa eso?

—Ya ves lo que significa —sonrió—. Espero aún lo que has de decir.

—Ante todo, una cosa: ¿tú pagas esto? ¿De tu bolsillo?

—No soy tan rico. Es mi periódico. Logré convencer a mis

editores. Están de acuerdo con el gran juego. Pusieron un precio al actor elegido, y me dieron carta blanca. Yo pensé en Mark Whitman, el mejor actor que he conocido, aun a pesar de la clase de teatro que interpretas para vivir.

—Gracias, Martin. Recuérdame que te invite a cenar, si llego a aceptar esta locura que viniste a proponerme.

—¿Sigues llamándole *locura*? —Pestañeó.

—¿Cómo quieres que la llame, si lo es? —solté un bufido. Luego volví a poner *whisky* en mi vaso, y paseé por el camerino, mientras saboreaba el *scotch*—. ¡Cielos, Martin! Eres realmente diabólico. Esa cifra en el talón bancario... Una suma que resolvería mi vida. Pero ¿y si no vivo para disfrutar de todo ese dinero? Ni siquiera tenso familia a quien dejarle lo que posea...

—Está Daphne...

—¿Daphne? —Sacudí la cabeza—. El divorcio se tramitó ya. Está concedido.

—Lo siento. No lo sabía.

—Ya. Mucha gente no lo sabe. Pero es así —me encogí de hombros—. Estoy solo. El dinero puede servirme para algo, siempre que sobreviva. Muerto yo, no beneficiaría a nadie.

—Pero si todo sale bien, habrás resuelto tu futuro. ¿No vale la pena, Mark?

—Supongamos que aceptase. Sólo suponemos, ¿eh? —Alcé una mano, significativamente—. Si ello es así..., ¿quién me protegería, en caso de apuro grave?

—Tendrías tras de ti a toda la Prensa. Especialmente, al *Globe* y todos sus medios. Y a parte de la policía, puesto que el capitán Forrester, de Homicidios, es un gran amigo mío y le haría colaborar, en su momento, para proteger tu vida. ¿Te parece poco todo eso?

—No sé qué pensar —no estaba demasiado convencido aún. Pero aquel talón bancario al portador, con tan sabrosa cifra, martilleaba mi mente de un modo endiablado—. Es una suma respetable. Todo lo pones color de rosa, aunque sé que no será así. Sin embargo, algo me dice que debo aceptar. Soy un actor, antes que un ser humano. Somos una especie rara, Martin, y tú lo sabes. Por eso viniste a mí con semejante proposición. Me ofreces la ocasión de interpretar a mi mejor personaje. En el mejor escenario

del mundo: ¡la vida misma! Sería un artista indigno si rechazara una oportunidad así. Y si la acepto, seré un tipo idiota y loco. ¡Está bien, Martin! Soy loco. Soy idiota. *¡Acepto!*

—Mark... —Me miró, asombrado por mi repentina decisión—. Has aceptado...

—¡Sí, por todos los diablos! No me lo recuerdes. O aún me volveré atrás... He aceptado. Dame el papel. Dijiste que debo interpretar a..., a un...

—A un asesino —afirmó él lentamente—. ¿Qué clase de asesino?

—Un asesino *prefabricado e inventado*. Alguien que no existe..., pero que va a existir de aquí en adelante. Ésta es tu gran oportunidad, Mark. Tu supremo personaje, en el teatro de la vida... Ésa será tu gran representación. Tu papel más grande: un asesino...

CAPÍTULO II

—Un asesino... ¡Eso no tiene sentido, Mark!

Sonreí, mirando pensativo mi plato de comida. Tomé un sorbo de cerveza y clavé mis ojos en Connie. Luego, me encogí de hombros.

—Es lo que yo pensé. Pero las cosas que no tienen sentido y significan veinte mil dólares en efectivo, sí empiezan a tener cierto sentido para mí...

—¿Has dicho *veinte mil* dólares? —repitió ella, perpleja, enarcando sus rubias cejas con sorpresa.

—Eso dije —asentí, pensativo, contemplando la carne junto a la ensalada de remolacha, en mi plato aún intacto—. Una suma muy respetable, Connie.

—Más que respetable. ¿Alguien te ha prometido ese dinero, a cambio de semejante juego?

—No me lo prometieron, exactamente —suspiré. Depositó sobre la mesa un talón bancario—. Me lo han entregado ya.

—¡Mark! —Los ojos azules de Connie se abrieron enormemente—. Mark, no es posible... Tú sabes que hemos de pagar los atrasos del arrendamiento de este apartamento, que tenemos números rojos en el Banco, y si no los compensamos pronto, nos pueden embargar... Además de eso, está tu ropa... Necesitas renovar tu guardarropa, o no te contratará nadie, salvo esos cómicos de la legua con los que ahora recorres los pueblos cercanos a Nueva York...

—Lo sé muy bien.

—Con veinte mil dólares saldríamos de apuros... y tendríamos luego un fondo de reserva. Lo suficiente para que no te contratases con cualquiera... Para esperar un mejor contrato, Mark...

—Sí, Connie. Y hay algo más, aún. Es una suma a cuenta.

—¿A cuenta? —Pestañeó ella, asombrada.

—Eso dije. Si todo acaba bien, cobraré diez mil más. Y no será sólo eso. Si hay éxito total, el *Globe* me ha suscrito un contrato privado para relatar mi historia en exclusiva a su reportero Martin Ryan... Cada entrega o capítulo de ese relato, supondrían cinco mil dólares más para mí. La crónica se titularía: «Memorias de un criminal prefabricado». ¿Qué te parece todo eso?

—Mark, me mareo... —se dejó caer en la silla, frente a mí, olvidando la vajilla que estaba secando en la cocina inmediata a nuestro salón-*living*, en aquel pequeño y modesto apartamento de South Street, en el East River—. Eso podrían suponer tantos miles... Al menos..., ¡al menos cincuenta mil dólares, con un poco de suerte!

—Al menos —asentí, sonriendo.

Ella había empezado a entusiasmarse. De repente, algo falló. Noté su vacilación. Miró el talón bancario como si fuese un mensaje llegado del infierno. Lo dejó igual que si, de repente, el papel fuese una materia inflamable. Me miró, abatida. Meneó negativamente su rubia cabecita.

—No, Mark —susurró—. No puedes aceptar algo así...

—¿Por qué no? —La verdad es que no tenía demasiado apetito. Aparté el plato de carne y tomé otro sorbo de cerveza, antes de atacar el *pudding* de manzana.

—Es una idea absurda. Y peligrosa. No puedes representar, en plena calle, el papel de un asesino...

—¿Tú crees? —Sonreí—. Poco confías en mí como actor...

—¡Oh, no es eso y tú lo sabes! —protestó ella vivamente—. Claro que puedes representar lo que quieras. Pero..., pero es distinto. Hay alguien que ha matado a cinco personas y ha vaciado los ojos a sus víctimas. Algo espantoso que tiene aterrorizado a todo Manhattan. La policía es incapaz de dar con una pista que conduzca al culpable. Y la Prensa recurre, entonces, a ti. Se inventa un criminal, para hacer la competencia al maníaco. Y esperan a que él se irrite y cometa algún error funesto, ¿no es cierto?

—Absolutamente cierto —asentí con una sonrisa.

—Mark, es una idea monstruosa. El asesino es un ser anónimo, peligrosísimo. Posiblemente sea un loco, puesto que no existe otra explicación posible. ¿Imaginas cómo puede reaccionar cuando un supuesto asesino compita con él, creando otros falsos asesinatos?

Tal vez busque a ese competidor y... —Cerró los ojos, con un suspiro—. No quiero ni pensarlo, Mark.

—Yo tampoco —admití, con buen humor—. No sería agradable encontrarse frente a ese caballero y verme con los ojos vaciados después de morir. Pero cincuenta mil dólares, poco más o menos, merecen la pena. Se puede correr el riesgo.

—Mark, hay cosas que no entiendo bien todavía —habló Connie, estudiándome pensativa—. ¿Cómo esperan engañar al criminal? Inventarse víctimas, no es fácil. Puede que el tipo no caiga en la trampa.

—Las víctimas no serán *inventadas* —repliqué—. Existirán realmente, aunque no sean personas efectivamente asesinadas, por supuesto.

—¿Puedes explicarme eso?

—Claro. Ciertos elementos de la policía metropolitana colaboran en el plan, aunque de un modo extraoficial. Ellos nos facilitarán... *los cadáveres*.

—¿Qué? —Pestañeó Connie, perpleja, clavando en mí sus ojos azules y hermosos—. No te entiendo...

—Es fácil. Cada *víctima* mía, será un cadáver sin identificar, de los que existen por docenas en los depósitos de la Morgue. Pobres diablos sin familia, gente a quien nadie reclama. Suicidios, accidentes y cosas así. Se les hará aparecer como asesinados. Se les proporcionará una identidad y documentación falsas, y todo tendrá una apariencia totalmente normal. Eso no constituirá ningún problema.

—Pero ¿qué identidad daréis al falso criminal, al personaje que tú debes interpretar, Mark? —se interesó Connie con viveza.

—La mía propia —dije gravemente.

—¿Qué? —me contempló estupefacta—. No es posible. Tú mismo... un asesino.

—Eso es —asentí—. Mark Whitman, actor teatral. Un asesino. Un joven inquieto, de vida íntima algo confusa, divorciado, con complejo de fracasado, con cierta aversión psicopática a las mujeres, a causa de su separación de la hermosa, caprichosa e inconstante Daphne Whitman, que ahora tiene relaciones con otro hombre... En suma, toda una historia plausible sobre un hombre sensible, algo psicópata... que, de repente, estalla en actos de

violencia criminal.

—Mark, tú no eres así...

—Claro que no —reí—. La separación de Daphne y su actual vida sentimental no me han dejado ninguna huella tremebunda, ni mi mente sufre psicosis alguna. No soy un caso patológico, ni mucho menos. Pero todos esos datos, sirven para crear a otro Mark Whitman: el que quieren en el *Globe*. y en la policía.

—Supongamos que ellos estuvieran equivocados, Mark —me sugirió Connie, de repente.

—¿Equivocados, en qué?

—Él asesino auténtico, el maníaco de Manhattan, puede que no reaccione como esperan. Puede que le importe muy poco la aparición de otro criminal. ¿Qué sucedería, entonces? Todo el dinero, todo el plan, no servirían absolutamente de nada...

—Es posible, Connie. El *Globe* y la policía admiten que podría suceder. Correremos ese albur. Pero un grupo de psicólogos han discutido el asunto con Martin Ryan y otros editores del *Globe*. Según ellos, el asesino que vacía los ojos a sus víctimas, es una persona cruel, inteligente, posiblemente culta, con conocimientos indudables de Medicina para poder efectuar tan limpio vaciado de las cuencas, en cuya operación utiliza sin duda alguna un bisturí adecuado. Hasta es posible que se trate de alguien con conocimientos suficientes de cirugía oftálmica como para realizar tal tarea, en escaso margen de tiempo y con absoluta limpieza. Pero todo eso, con ser importante para las pesquisas, es secundario para nosotros. Lo realmente interesante comienza en el análisis psicopático del individuo. Todos los psiquiatras están de acuerdo en que se trata de una persona ávida de publicidad, engréida y presuntuosa, con un enorme orgullo, con un rotundo complejo de superioridad. Cada crimen suyo, es como una obra que realiza para sentirse por encima de los demás. Siente una morbosa complacencia en provocar el terror, en saberse importante, en que los periódicos publiquen sus *hazañas* sangrientas... Suponen que se sentiría muy dolido, muy furioso, si otro fuese capaz de quitarle la popularidad, de suplantarle en las cabeceras de los periódicos...

—Los psiquiatras podrían estar equivocados. ¿En qué se basan para levantar tal serie de teorías?

—En diversos hechos: el criminal que *firma* sus crímenes, como

es este caso, de uno o de otro modo denota ya una clara evidencia de egolatría y de misoginia. Luego, en una ocasión en que uno de sus crímenes no fue detectado por un hecho casual, como fue que interviniera un pillo de los bajos fondos, robando a la víctima cuando halló su cadáver, y deshaciéndose luego de éste en las cercanas aguas del río, condujo al criminal a enviar un anónimo a la policía, señalando el lugar donde había cometido su crimen. Ese indicio condujo a los agentes a la próxima orilla ribereña, y tras un dragado rápido, dieron con el cuerpo, tal y como debía suponer el asesino. Eso denota que desea publicidad constante, quiere sentirse importante y famoso. Son claros indicios psicopáticos que les han servido para hacer su *retrato mental*.

—Y si aciertan en todo, ¿cómo esperan que reaccione al verse superado por otro hipotético criminal? Podría ser que eso le hiciera más sanguinario y feroz, todavía.

—Podiera ser, pero deducen que ello puede suceder en un clima de nerviosismo, de ira y despecho, que le hagan menos astuto, y le hagan delatarse a sí mismo de alguna forma.

—Es sólo eso: una teoría, Mark.

—Lo sé. Una teoría que, de momento, vale para nosotros veinte mil dólares —la miré largamente—. Incluso podríamos... casarnos, Connie. Unir nuestras vidas de un modo más duradero y efectivo... Hasta hoy, no te lo pedí porque no podía ofrecerte absolutamente nada..., excepto fracasos y mediocridad.

—Hablas ya como si fueses el psicópata *inventado* por el *Globe* —rió ella, mirándome con ironía—. Sabes que todo eso lo acepto de buen grado por estar a tu lado. Casados o no, aquí estamos ambos. Unidos. Juntos, en lo bueno y en lo malo.

—Hasta ahora, más bien en lo malo —alargué hacia ella el talón bancario—. Toma. Ingrésalo tú en el Banco. Dispón de ese dinero como prefieras. Tal vez haya cambiado el signo de nuestra existencia.

—¿Para mejor... o para peor? —dudó ella, jugueteando con aquel papelito verdoso que era la diferencia entre nuestra miseria y nuestro bienestar, pero quizá también entre mi vida y mi muerte.

—Espero que todo sea para bien, querida —suspiré—. Hemos de confiar en lo mejor.

—¿Qué harás, mientras representas tu papel? —preguntó ella.

—Aún no lo sé exactamente. Tenemos una reunión especial secreta. Resolveremos los detalles de modo definitivo. Excuso decirte que jamás nadie, bajo pretexto alguno, debe conocer un solo detalle de todo esto, o el asunto se haría pedazos por completo, siendo inútil el trabajo empleado.

—Confía en mí, Mark. Tienes mi palabra formal, bien lo sabes.

—Claro que lo sé. Por eso te he relatado todo, Connie —me puse en pie, fui hasta ella y acaricié sus dorados cabellos, suavemente—. Estoy seguro de que todo irá bien, y saldremos definitivamente de apuros. Debo representar bien mi papel, esta vez. Es la gran ocasión para un actor...

—Espera, Mark. Aún hay cosas que no he entendido bien.

—¿Por ejemplo...?

—Por ejemplo: ¿qué sucederá, si todo sale como esperáis? ¿Qué supones que hará el asesino, exactamente?

—Lo ignoro. Es algo que está por ver.

—Imagina que te busca, que te encuentra... y resuelve eliminar a un *competidor*. Tú eres un hombre honrado. El, un asesino, un psicópata. ¿Qué podría suceder, en tal caso?

—Supongo que iré armado. Me defenderé, no lo dudes.

—¿Sólo del asesino de Manhattan?

—¿Qué quieres decir? —Miré pensativo a Connie, sorprendido por sus palabras.

—Mark, *toda* la policía no puede conocer el plan, o se correría el riesgo de una grave indiscreción que lo echase todo a rodar. Por lo tanto, en el montaje de la escena de alguno de esos falsos crímenes..., ¿no cabe la posibilidad de que las propias fuerzas de la ley te ataquen o persigan?

—Sí —parpadeé—. Supongo que sí. No se me había ocurrido ese riesgo.

—Mark, te vas a meter en un terrible avispero —me tendió, de pronto, el talón bancario—. Toma. Creo que es mejor que lo devuelvas. Podemos defendernos sin ese dinero. Ya sabes que estoy a punto de entrar en ese espectáculo musical de Broadway. Si todo va bien, será un sueldo más para sostener nuestra vida, Mark, sin necesidad de...

—Y enseñar tus piernas al público, por unos pocos dólares de salario diario, ganado con interminables ensayos y una

representación agotadora. —Sacudí negativamente la cabeza—. No, Connie. Está decidido. Esta vez sabremos si, realmente, soy el actor que merece trabajar en una buena compañía..., o un fracasado auténtico. Es mi mejor oportunidad. No voy a rechazarla.

—Entiendo. Toda una ciudad de dieciocho millones largos de habitantes, es tu público. Será un gran aplauso cuando caiga el telón final —me miró con ojos repentinamente humedecidos por la emoción, quizá también por ocultos temores—. Pero podría suceder que ese aplauso definitivo se convirtiera en un minuto de silencio por un actor muerto...

—Si logro mantener un minuto en silencio a todo Nueva York, creo que habrá valido la pena irse al infierno por ello —reí de buena gana, agitándole una mano jovial, en despedida.

Connie, evidentemente, no compartía mi actual sentido del humor. No se dignó sonreír, como otras veces, al despedirme. Pero confié en que, cuando menos, no hiciera pedazos el cheque de veinte mil dólares...

CAPÍTULO III

El capitán Steve Forrester, de la División de Homicidios de la Policía Metropolitana de Nueva York, era un hombre afable, cordial, de cuerpo atlético y modales enérgicos. Sus ojos, muy azules y fríos, le escudriñaban a uno con atención mientras parecía sonreír distraídamente. Detrás de aquella máscara risueña y afable, no había duda que se alojaba un carácter calculador, sereno y lleno de astucia.

Estrechó mi mano con tal fuerza, que sentí crujir todos mis huesos bajo su presión. El comentario que provocó mi presencia, me hizo sonreír.

—Es muy joven —dijo—. Podría representar a *Hamlet*, pero no a *Falstaff*.

—He interpretado a ambos —reí—. Pero en el segundo caso, debía caracterizarme y llenar mi cuerpo de rellenos y postizos. Incluso he representado *El Rey Lear*. En provincias siempre, claro está. Mis padres tuvieron la fortuna de representarlo en el Drury Lane de Londres. Pero ellos eran mejores, claro está.

—Usted puede que represente lo que quiera en Broadway, si esto sale bien —suspiró el policía—. Lo cierto es que le imaginé de más edad. Y más recio, más vigoroso...

—Tengo fuerza física, no tema. Acudo a un gimnasio cuando tengo dinero para pagarlo. Y hasta aprendí nociones de judo.

—Excelente. Puede que lo necesite en el futuro. Le daré una tarjeta para que vaya a cierta instalación, en la Calle Veintitrés. Podrá repasar allí esas lecciones y prepararse un poco más, sin necesidad de desembolsar un dólar.

—Muy amable —arrugué el ceño—. ¿Cree que necesitaré pelear con el monstruo?

—Nunca se sabe. No sólo tendrá que luchar con el asesino, piénselo.

—Sí, ya he caído en la cuenta. Mejor dicho, me hicieron caer... Su gente no sabrá nada de mí, ¿verdad?

—Sólo lo que diga yo, lo que diga mi jefe, y lo que afirme Ryan en su periódico. En suma: seremos dos policías y un reportero y su director y personal ejecutivo, cuantos sepamos la verdad. Si le acorralan mis agentes, deberá entregarse, si no tiene otra salida. Ellos le matarían, caso de que intentara evadirse. Para ellos, usted será el nuevo sádico de Manhattan, el hombre que persigue mujeres solitarias y las asesina. Primero haremos un montaje destinado a hacerle aparecer como el nuevo azote de la ciudad... Una representación inicial, el prólogo del caso. Después... todo se irá montando adecuadamente. Y usted, señor Whitman, será, entonces, el personaje diabólico al que llamaremos..., pongamos por un ejemplo... El Agresor Nocturno.

—¿Agresor Nocturno? —repetí.

—Eso es. Irá enmascarado de alguna forma. Y asaltará mujeres solitarias, preferiblemente atractivas; quizá prostitutas, en su mayoría... La Morgue tiene el encargo de suministrarnos cadáveres de pobres muchachas que se maten o suiciden, no reclamadas por nadie.

—Entiendo —asentí, siguiendo aquel macabro juego, con una cierta sensación de repugnancia interior—. Supongo que no esperarán engañar con eso a su médico forense...

—Claro que no —sonrió el capitán Forrester, sacudiendo la cabeza de un lado a otro—. El doctor Walter Ballard es nuestro forense. Procuraremos que sea él quién se ocupe de todos los casos. Si existe un suplente forzado, tendremos que engañarle como sea o bien ocultar su informe técnico a todo el mundo, ya veremos lo que procede. El doctor Ballard es uno de los pocos que están dentro del juego.

—¿No hay demasiada gente *dentro del juego*, para mi seguridad personal? —Puse en duda.

—Es inevitable —suspiró el capitán de Homicidios, pero asintiendo con la cabeza, casi mecánicamente—. Sé que existen riesgos muy serios. Sólo puedo garantizarle, Whitman, que las personas que supieron por mí de este asumo, son de absoluta confianza. Y además, han dado su palabra de no repetir absolutamente nada de lo que saben, hasta que termine la

representación.

—Está bien. De todos modos, hay que correr el riesgo, como usted dice. Es un juego, y lo he aceptado así.

—Aún estás a tiempo de volverte atrás, Mark —me señaló, vivamente, Martin Ryan.

—Sabes que no lo haré. Cuando tomo una decisión, es definitiva.

—Sí, estaba seguro de eso —resopló mi amigo periodista, sonriendo ampliamente—. Bien, Mark. Puesto que estamos de acuerdo..., vamos al asunto. Esta noche será el momento de levantar el telón.

—¿Esta noche? —repetí, sorprendido—. ¿Tan pronto?

—Tan pronto, sí —afirmó el capitán Forrester—. Cuanto antes, mejor. Tenemos que dar jaque a nuestro desconocido asesino vaciador de ojos... Precisamente el doctor Ballard, nuestro forense, tiene un hijo especializado en cirugía oftálmica, el doctor Nelson Ballard, y está de acuerdo en que el autor de esas mutilaciones es un experto. Además, de gran categoría, a juzgar por las extirpaciones realizadas.

—¿Qué supone, el hijo del forense, qué hace el asesino con los globos oculares de sus víctimas? —pregunté, sin poder evitar una sensación de claro desagrado.

—Es difícil imaginarlo. Si tuviera sentido práctico simplemente, dada la rapidez con que efectúa su extracción del cadáver, aún caliente, podría utilizar las córneas en un Banco de Ojos. Por supuesto, hemos investigado eso. Ningún Banco de Ojos oficial ha admitido recibir globos oculares con córnea válida, sin conocer al donante correspondiente. Pero si se trata de un profesional..., ¿quién nos dice que no ingrese en su propio Banco Ocular esas córneas tan horriblemente obtenidas, sin que nadie llegue a saber su origen real?

—Es una posibilidad escalofriante —admití—. Un hombre así, es capaz de todo...

—Recuerda que no es un hombre normal, Mark —me advirtió mi amigo Martin—. Si se trata de un loco, puede tener dos personalidades: la del cirujano diestro y prestigioso, el médico especialista capaz de atender a sus clientes con toda perfección y celo..., y luego, en su otra faceta, ser el monstruo sin piedad, el asesino morbosos, el enfermo mental que ve en los demás a sus

posibles víctimas propiciatorias, a quienes primero atraviesa el corazón con una larga aguja, para después vaciar sus cuencas y llevarse los globos oculares sólo Dios sabe para qué...

—La aguja en el corazón, los ojos vaciados... La firma del Monstruo de Manhattan —aseveró el capitán Forrester, ceñudo. Miró hacia mí, pensativo—. Y ahora, a partir de esta noche..., el segundo azote para nuestra sufrida ciudad: el Agresor Nocturno...

—Mark Whitman, como artista invitado —recité, burlonamente—. Empieza el drama, señores...

Había empezado la acción.

Como en uno de esos absurdos telefilmes, tenía que comenzar de noche. En una zona poco frecuentada de Manhattan. Al sur, cerca de Battery Park. En la parte más húmeda y desapacible de la isla neoyorquina.

El Agresor Nocturno tenía que elegir su *víctima*. Bien. Ya la había elegido.

Era una joven solitaria. De vida alegre. Una profesional de la noche. Tenía que ser así. ¿Qué otra mujer de cierto atractivo se atrevería a frecuentar los setos de Battery Park, en su parte más próxima a State Street, en el lado opuesto al Túnel, pasadas las once de la noche?

Miré mi reloj de pulsera. Luego, eché a andar tras de ella. Su taconeo sobre el asfalto negro, mojado, era el único ruido perceptible en todo el parque, a excepción de alguna sirena de los *ferrys*, o el lejano rodar del tráfico hacia la parte alta de Manhattan.

En algún lugar, todo estaba a punto para la segunda parte del plan. Esto no era sino el prólogo. Mark Whitman empezaba su trabajo en la representación. El personaje estaba en escena.

Mi traje era oscuro. Mi gabardina, larga y de color azul marino. Un sombrero negro cubría mi cabeza. Tenía guantes negros en mis manos. Y una máscara sobre el rostro.

Era solamente una especie de pañuelo negro, con dos orificios, atado a la nuca. Bastaba con todo esto para crear un personaje de folletín, como puede serlo cualquier criminal misterioso. El Agresor Nocturno lo era. Un merodeador que buscaba víctimas entre las mujeres. Un nuevo Jack *el Destripador*, trasplantado a la época actual, desde el Támesis al East River. Ése era mi papel. De mí

dependía que convenciera a todo el mundo.

La chica elegida tenía un tipo demasiado regordete. Era rubia, pero artificial, sin duda alguna. Quizá también en sus pechos hubiera algo de artificioso. Yo nunca había visto semejante volumen, sin ayuda de artificios y postizos. Caminaba cimbreando sus caderas, muy anchas y rotundas, como sus nalgas. Tenía bonitas piernas, y tacón excesivamente alto en sus zapatos de charol negro. Iba dando vueltas a un bolso de larga correa, en su mano izquierda. Miraba con frecuencia a los escasos automóviles que pasaban junto al parque, como esperando que algún conductor se detuviera a discutir con ella ciertas condiciones. No tuvo éxito.

Pareció repentinamente cansada. Se detuvo debajo de una farola y encendió un cigarrillo, montando una mema sobre otra. Su apretada falda se entreabrió lateralmente, exhibiendo el muslo. Me recordó a un patético personaje de Dos Passos o de Hammett. Pero ni siquiera era eso. Era solamente lo que era: una prostituta. Una mujer que vendía su cuerpo para una hora o para una noche.

Justamente lo que habíamos buscado. Cualquiera valía para empezar. Después de todo, yo no era un verdadero asesino. Era una invención de alguien. Un personaje de papel, sobre el escenario más grande imaginable: todo Nueva York.

Lo sentí por la pobre muchacha. Se llevaría el mayor susto de su vida. Pero era necesario empezar. Y yo le había concedido un papel en mi obra. Tendría que aceptarlo, le gustara o no.

Estaba pensando en todo eso cuando giró la cabeza hacia mí. Me miró con cierta sorpresa. Posiblemente no me había oído llegar. Mis zapatos de suela de goma, debían haber influido en ello.

—¡Hola, guapo! —me saludó, con descaro, guiñándome un ojo—. ¿Te gusto?

No me veía el rostro. Para ella, bajo mi sombrero había una simple mancha negra. Cuando viese el pañuelo negro, la máscara que me encubría, sería otra cosa. Tenía que aproximarme más, para eso. Y es lo que estaba haciendo.

—La noche está de asco —me dijo, con su desenfado natural—. Pero siempre hay tipos que saben lo que buscan. ¿Me habías visto? Seguro que sí... Mira, creo que llegaremos a un acuerdo. Después de todo, me caes bien y... ¿Eh? ¿Qué es *eso*?

Por supuesto, *eso* era mi rostro. Acababa de ver la negra mancha

de seda del pañuelo, enmascarando mis facciones. Y, de repente, había empezado a sentir miedo. Retrocedió, mirándome con una clara expresión de terror en su rostro.

Sentía hacer lo qué estaba haciendo. Después de todo, la infortunada muchacha estaba pasando una noche difícil en su profesión. Ahora, sólo le faltaba esto. Hubiera querido evitarlo, pero no era posible. ¡Era ella la elegida! Tendría que irme acostumbrando a mi papel. Lo lamentaba por ella. Creo que, incluso, murmuré algo entre dientes, cuando me moví más rápido en su dirección, extrayendo de entre mis oscuras ropas un arma bien visible. Era un cuchillo largo, afilado, centelleante, de forma puntiaguda. Mi mano enguantada lo esgrimió con firmeza.

—Lo siento, preciosa —fue mi murmullo. Y sólo yo pude oírlo. Luego, ella escuchó el sibilante sonido que escapaba entre mis labios, para hacer más terrorífica la escena.

Hubiese podido ser una buena situación de *burlesque*, si no hubiese sido porque, realmente, ella sentía un terror delirante. Soltó su bolso, que cayó en la húmeda acera del parque, lejos de su alcance. Imaginé allí sus documentos, su escaso dinero, sus llaves, sus cigarrillos y sus objetos de aseo, y hubiera deseado recogerse los para hacerle entrega de todo ello, caballerosamente.

Eso era imposible. Después de todo, mi papel no era representar ahora a Don Quijote o a

D'Artagnan,

ni mucho menos. Con tal de que algún ratero suelto por Battery Park no se quedara con sus pertenencias...

—Dios mío, no... —la oí susurrar, llena de pánico—. No, no te acerques... No me hagas nada, te lo ruego... Yo..., yo soy una buena chica... Necesito hacer esto para vivir... Tengo..., tengo una niña, ¿sabes? Debo mantenerla... El hijo de perra de su padre se largó, después de dejarme preñada... ¡Cielos, compréndelo...! ¡No me hagas nada! Mi..., mi bolso... Sólo llevo unos dólares... No más de diez o doce. Es todo lo que tengo... ¡Quédatelo, por el amor de Dios, pero no me hagas daño...!

Yo seguí adelante. Enarbolé el cuchillo en alto, con ademán ominoso. La vi estremecerse. De repente, emitió un chillido de pavor. Fue un grito largo, agudo, que posiblemente atraería a mucha gente hasta allí.

Sentí miedo. Era preciso precipitar los acontecimientos. La escena se prolongaba demasiado. Rugí, saltando adelante, con mi cuchillo en alto, y dije algo parecido a:

—¡Serás mi primera víctima! ¡Todas las mujeres caeréis bajo mi arma justiciera, maldita zorra! ¡El Agresor Nocturno va a vengarse de todas vosotras, malditas criaturas...!

Me precipité sobre ella, y la vi allí, temblorosa, estremecida, lívida bajo el maquillaje que se despegaba de su rostro como si fuese puro yeso. Temí por un momento que se desvaneciese, estropeando mis planes. Pero por fortuna, tuvo la suficiente serenidad y valor para echar a correr.

Huyó con un grito prolongado, lleno de vivo horror, se hundió tras los setos del parque solitario, presa de un ataque de histerismo.

No traté de seguirla, salvo en un primer espacio de terreno, haciendo sonar claramente mis pisadas para amedrentarla un poco más y hacerle apresurar su carrera. Cuando se me perdió en la espesura verde, en la noche insondable y húmeda, respiré con mucho más alivio del que ella sentiría en esos momentos.

—Primera escena —me dije, sarcástico—. Parece que no resultó mal de todo, como ensayo general para el estreno...

Oculté el cuchillo en mis ropas. Miré alrededor. No vi a nadie. Si algún ser vivo llegó a escuchar los gritos de terror de mi *víctima*, se había cuidado muy mucho de acudir en su ayuda. Estaba tan sólo como antes de iniciar la escena inicial de mi gran representación.

—Ahora, sigamos —me dije a mí mismo.

Y caminé adonde sabía que me esperaba el coche de la policía. En el camino, recogí el bolso de la muchacha fugitiva...

CAPÍTULO IV

—¡Dios mío...! ¡Tuvo que ser él...! El mismo, sí... El mismo que me atacó, podría jurarlo...

—¿Está completamente segura, señorita? —insistió el capitán Forrester, la mirada fija en ella.

—Bueno, ¿quién puede estar segura de una cosa así? —pestañeó ella, cohibida. Luego, mientras el funcionario de la Morgue extendía la sábana sobre el cuerpo, temblé ostensiblemente y añadió entre sollozos—: No..., no conocía a esa pobre chica... Nunca la vi antes de ahora ya se lo he dicho. Pero resulta espantoso. Todo realmente espantoso. Pude haber..., pude haber sido yo..., y fue ella... Dios le dé la paz que merece, criatura...

Se persignó, muy emocionada, saliendo de la estancia del depósito, donde quedaba el cuerpo encontrado en Battery Park. El cuerpo que había sido fotografiado cien veces por los reporteros gráficos, y enfocado por las cámaras de televisión, para informar al país, a la ciudad sobre todo, de la aparición de un nuevo delincuente, de un criminal que *robabalas* cabeceras de los rotativos al ya casi olvidado Monstruo de Manhattan.

—El Agresor Nocturno... —Era el capitán Forrester quién hablaba—. ¿Está convencida de que eso fue lo que oyó decir a su atacante, señorita?

Ella, mientras se perdía por el corredor, asintió repetidamente, entre ahogados sollozos. El cuerpo de la muchacha muerta volvió a su lugar en la Morgue. Yo, tras un espejo que era, en realidad, un cristal transparente, visto desde el lado contrario, había asistido a toda la escena por decisión del propio capitán.

Giré la cabeza, ceñudo. A mi lado, estaba Martin Ryan. Ambos habíamos sido testigos ignorados de aquella identificación negativa. La testigo elegida no conocía a la difunta. Hubiera sido demasiada casualidad.

—Bueno, ya estamos en pleno juego —dije, tristemente—. Y ahora... ¿qué, Martin?

Mi amigo me contempló tan gravemente como yo lo hacía respecto a él. Tras un momento de duda, se encogió de hombros. Parecía tener su mente muy lejos de allí.

—Todo marcha bien —dijo—. La aterrorizaste al máximo, Mark. Además, el hecho de hallar su bolso cerca de esa muchacha muerta, ha completado bien el cuadro. Fue una buena idea la tuya.

—Me pregunto si estamos siendo realmente honestos en todo esto.

—¿Qué quieres decir? —Martin Ryan parecía irritado conmigo—. ¿Acaso no es honesto fingir algo, para capturar a quien, realmente, comete delitos sangrientos?

—No me refería a eso. Peo pensaba en el terror de esa muchacha, anoche. Sufrirá de los nervios durante muchas noches, en el futuro. Y ese pobre cadáver, elegido al azar... Clavarle un cuchillo en la espalda..., parece monstruoso, Martin.

—Es sólo un cadáver. Una pobre chica que nadie conoce. Sin familia, sin nadie que la reclame. Se le ha dado una identidad, falsa, pero una identidad a fin de cuentas. Tendrá algo mejor que una fosa común. Se le proporcionará una tumba, una lápida, aunque sea a un nombre falso. Es mejor que nada, Mark. Después de todo, ¿qué es un nombre, después de morir?

—¿Y qué es una tumba? —le repliqué yo, amargamente.

—Conforme, conforme —alzó sus manos Martin Ryan, deteniéndome—. **Sé** que no todo resulta demasiado digno ni limpio, aquí. El fin justifica los medios, como diría Maquiavelo. No trato de justificarme yo, *Mark*, sino de hacerte ver algo. ¿Quién es esa chica muerta, cuyo cadáver se halló en un rincón de la ciudad? Ella se mató. Es casi seguro. El doctor Ballard afirma que debió arrojarla desde una considerable altura. Acaso la arrojaron, no se sabe. Esas cosas nunca se saben. Pero fue, sin duda, *una* fracasada, una pobre víctima de sus sueños. La eterna conquista de la gran ciudad. Luego, la desilusión, el fracaso..., y todo lo demás. ¿Te das cuenta, Mark? Ahora, al menos, tendrá una popularidad. La que jamás tuvo en vida. Será otra persona. Será *alguien*, durante unos días. Nunca soñó, sin duda, con figurar con tan enormes letras en la cabecera de un diario... Y hasta puede aspirar a más. Puede aspirar a ser quien

ayudó a capturar a un asesino...

—Debiste dedicarte a la política —suspiré—. Nunca he oído mas mentiras, contadas de un modo más persuasivo...

Salí de aquella estancia vecina al depósito. Para entonces, el capitán Forrester y su testigo, la muchacha de Battery Park, estaban ya lejos de allí. Aunque tampoco me hubiera reconocido, caso de haberme visto.

Poco después, mientras el automóvil de Martin nos conducía al centro de la ciudad, yo iba releiendo los titulares de los diarios, especialmente los del *Globe* de aquel día. Era todo lo que Martin había buscado. Y lo cierto es que no resultaba mal del todo. Tuve que admitirle, pese a que el asunto empezaba a irritarme:

¡Nuevo azote asesino sobre Manhattan!

*¿Acaso un sádico peligroso ha empezado su siniestra
cacería de mujeres en las noches de Manhattan?*

*¡El Agresor Nocturno ataca a una mujer y asesina a
otra!*

A todo ello, se unían fotografías de la muchacha que ya estaba muerta cuando le clavaren el cuchillo que aparecía en otras imágenes inmediatas. Y, desde luego, también aquella absurda tarjeta de visita, de grandes trazos negros con rotulador, que yo había considerado como el menos sutil de los detalles del caso.

Una cartulina con un nombre: El Agresor Nocturno. La firma del supuesto asesino. *Mi* firma, en una palabra, truculento. Pero quizá eficaz...

—Basura —refunfuñé, tirando el amasijo de diarios al fondo del coche—. Todo basura.

—Claro —admitió Martin con un suspiro—. Es lo que le gusta a la gente, Mark.

—¿Puede gustarle a alguien la basura? —me quejé.

—Más de lo que supones. Cuando conozcas mejor a la especie humana, es posible que te sientas muy avergonzado de pertenecer a ella, Mark.

—Eres un cínico, Martin.

—Claro —rió—. Siempre lo he sido. El mundo puede afrontarse de diversas formas. Una de ellas es el cinismo. Otra, la compasión o la decepción. Créeme, Mark. El mundo no es tan bueno como

imaginamos cuando somos idealistas.

—Yo aún soy un poco idealista —observé, dubitativo.

—Haces mal, Mark. El mundo mismo te ha golpeado ya lo suficiente. Perdiste tu hogar, tu esposa... Perdiste tus grandes oportunidades. Eres joven, pero no demasiado. Sé que fuiste un excelente actor, ya en tus inicios. Pero te faltó decisión o suerte. O quizá comprensión ajena. Ahora, casi a tus treinta años, te considerarías feliz con ser una vez —una *sola* vez— el príncipe Hamlet, el rey Enrique V o el asesino Macbeth, ante un público selecto de Broadway. ¿Por qué? Porque sería justo. Pero el mundo no es justo, mi querido amigo. Yo quise ser un buen escritor. ¿Lo he sido alguna vez? Cuando era un adolescente. Pero no ahora. Me avergüenzo de mis artículos. Son basura, como tú dices. Pero la gente los lee, agota las ediciones. Yo cobro buen sueldo, soy prestigioso. Todo es asqueroso, Mark. Basta tener suerte. O dar bazofia a los demás. Es todo. Esto mismo que hacemos ahora...

—No sigas —le corté—. Sé lo que hago. Es indigno. Es sucio. Lo entendí anoche, cuando seguía a aquella pobre chica, con aires de Drácula... Su terror me dio frío...

—Te entiendo. Alguna vez te darías cuenta de ello. Eres listo, y lo has entendido enseguida. Sí, Mark. Es sucio. Es repugnante. Pero es necesario, para intentar algo que no sé si conseguiremos.

—Y que hará vender periódicos a mansalva.

—Por supuesto —soltó una carcajada—. ¿Crees que lo hago por amor al prójimo; por evitar nuevas víctimas a ese monstruo de Manhattan que clava una aguja a sus víctimas, en pleno corazón, y luego vacía sus ojos? Claro que no. Es repugnante que lo diga, pero más lo sería aún si lo callase. Busco vender periódicos. Ser famoso. Ganar más dinero. Incluso, es posible que esta sociedad de locos llegue a darme un día un gran premio, como el Pulitzer, por ejemplo.

—Y yo, un actor fracasado, debo colaborar a ello...

—Es inevitable. Los fracasados siempre colaboran; Mark. Pero tú eres mejor que todo eso. Me consta. Olvida cuánto he dicho —viró a la altura de la Calle Veintitrés—. Hasta un sucio periodista vendido al engranaje de nuestro tiempo, tiene sus momentos de crisis y de sinceridad. No son muchos, te lo aseguro.

—No, supongo que no —fruncí el ceño, mientras rodábamos

hacia el Departamento de Policía, y de repente le miré de soslayo, pensativo—. Martin, ¿cómo van las cosas en tu casa?

—Mal —rezongó, desabridamente.

Le dejé rodar dos o tres manzanas en silencio, antes de insistir:

—¿Abbe y tú no sois felices?

—Abbe y yo vamos a separarnos, Mark.

No dije nada, de momento. Era una sorpresa. Para mí, Martin y Abigail Ryan habían sido siempre un matrimonio feliz. Esto no encajaba en mi idea de ellos.

—Lo siento —dije—. No debí preguntarte nada.

—¿Por qué no? —Se encogió de hombros—. Lo sabe mucha gente.

—Yo no lo sabía.

—Es igual. Ya lo sabes. Mi vida no es un mundo feliz. Abbe tiene razón.

—También Daphne la tenía —observé.

—¡Oh, claro! Olvidaba que tú... —Meneó la cabeza, enfilando ahora hacia la Octava Avenida—. Creo que debimos hablar de otra cosa, Mark. Pero, después de todo, superaste ya tu propia situación. Lo mío es diferente. Está por venir todo lo peor. —¿Es... inminente?

—Sí. Abbe quiere que todo quede resuelto para antes de Año Nuevo. Son sólo dos meses. Por mi parte, no habrá dificultades. Creo que no valdría la pena. Cuando un matrimonio ha fracasado, más vale terminar cuanto antes.

—Es lo que yo pensé —admití, pensativo. Me encogí en mi asiento, como si, de repente, sintiera frío—. Ahora, no sé qué pensar..., pero soy feliz con Connie.

—Ya —apretó los labios, deteniéndose ante un semáforo en rojo. Sin mirarme, indagó—: ¿Eres feliz, realmente? ¿La quieres?

—Sí. La quiero —asentí.

—Connie es una gran chica. Muy bonita. Pudo haber hecho carrera en la revista...

—No me gustaba que enseñara las piernas —reí de repente, como si eso tuviera gracia—. Búrlate, pero estoy algo chapado a la antigua, Martin.

—No me burlo —se limitó a decir. Y no habló más, ni siquiera cuando el disco cambió a ámbar y luego a verde, y proseguimos la marcha.

Cuando llegarnos al Departamento de Policía, nos recibieron el capitán Forrester y el doctor Ballard, el forense. Éste era un hombrecillo nervioso, inquisitivo y malhumorado. No pude por menos de recordar que tenía un hijo especialista en cirugía oftálmica. Quizá un cólera del asesino...

—Comprendo lo que habrá sentido —se disculpó el oficial de Homicidios, mirándome pensativo—. Una cuchillada en un cadáver... Pero era necesario. Whitman. Esa fotografía, con el cuchillo y la tarjeta del asesino, dará la vuelta al país. A partir de hoy, El Agresor Nocturno es famoso...

—Un edificante personaje —me quejé, sacudiendo la cabeza—. Deberíamos descorchar una botella de champaña para celebrar su nacimiento...

—Evidentemente, el juego no le gusta —apuntó el doctor Walter Ballard, escudriñándome tras sus gafas.

—¿Le gusta a usted? —repliqué.

—¿Y qué más da? —Se encogió de hombros—. Mi vida transcurre entre cadáveres. No hay nada nuevo en esto, salvo que nunca examine difuntos que estuvieran muertos ya, antes de ser acuchillados...

E incluso se permitió una risa, antes de encaminarse a otra dependencia del centro policial, en tanto yo pasaba directamente, con Ryan, al despacho personal del capitán Forrester.

Allí estaba montado, de momento, nuestro cuartel general. Contemplé a Forrester, en tanto situaba sobre Battery Park una chincheta roja. Era la señal de mi primera *hazaña*. El nacimiento del Agresor Nocturno. El primer criminal protegido por la policía. La situación no dejaba de tener su lado original, si se le quería buscar.

Nos acomodamos todos, a la espera de lo que tuviese que decir nuestro anfitrión. El capitán de Homicidios no se hizo esperar demasiado. Tras una larga pausa, se encaró con nosotros dos, y comenzó a exponer su punto de vista sobre la situación actual.

—El inicio del señor Whitman ha sido un completo éxito —señaló.

—Gracias —me incliné—. No es muy meritorio, capitán. Me limité a asustar a una chica, como si fuese un merodeador vulgar. Lo demás, fue obra suya.

—No del todo. Su modo de perseguir a esa pobre joven, fue convincente. El detalle de recoger el bolso, para dejarlo luego junto al cadáver de la supuesta víctima que nosotros teníamos dispuesta en nuestro furgón especial con aire caliente, todo un acierto. A estas horas todo Nueva York sabe que hay un nuevo criminal suelto por la ciudad. Y las noticias sobre el llamado Monstruo de Manhattan, se han pasado virtualmente a tercera o cuarta plana.

—¿Y qué? —indagué yo.

—De momento, nada. Pero tenga en cuenta que, en estos momentos, *alguien* ha leído ya esos periódicos y se siente interiormente frustrado, enormemente furioso y defraudado, porque otro criminal le ha quitado la hegemonía en la noticia.

—Hablan de una ciudad y de sus criminales como quien menciona un supermercado, capitán —me quejé amargamente—. Esto no es una competencia comercial.

—Pero puede serlo —y era Martin Ryan quién hablaba con una expresión astuta en su rostro joven, agresivo e inteligente—. Mark, tú no lo entiendes, pero ese hombre, ser quien fuere, ambiciona ser el epicentro de toda la atención de una ciudad de millones y millones de seres. Es un caso habitual en los esquizofrénicos o en los paranoicos, Si le quitamos su sueño de grandezas, posiblemente no le quede nada. Los grandes criminales, acostumbran o ser grandes frustrados en su vida privada, no te quepa duda.

—Entonces habéis inventado el criminal perfecto —me sentí mordaz conmigo mismo.

—¡Oh, Mark vete al diablo! —refunfuñó mi a Tugo periodista, malhumorado—. Según eso, todos podríamos ser criminales en potencia, no lo dudes.

—¿Es que lo he dudado aleona vez? —Me reí de él y de mí, a la vez. Y posiblemente de diecisiete millones de neoyorquinos, si es que había dieciocho en la ciudad.

—Bueno, señores, basta de broma —nos cortó el capitán Forrester, con cierta aspereza en su voz—. Comprendan que no estamos reunidos aquí para comentar temas domésticos ni hacer alardes de filosofía de vía estrecha. Usted, señor Whitman, no podrá volver más por este Departamento, en lo sucesivo. Sería arriesgado.

—Lo imaginaba —asentí—. Si hemos de jugar con papeles teatrales en un escenario, mi presencia aquí puede estropearlo todo.

Bastaría con que alguien me viera salir o entrar, si sospechara de mí como de un presunto asesino, para oler la trampa a cien millas de distancia.

—Exacto. Y usted es esa trampa y es el cebo que conduce a ella. Whitman —el capitán Forrester me contemplaba tabaleando con su bolígrafo encima de la mesa. De momento, no es posible que nadie le relacione a usted con los sucesos de Battery Park. Pero nuestra idea es precisamente ésa: usted irá dejando indicios que, de un modo paulatino, conduzcan a su persona. Si el asesino es todo lo inteligente que imaginamos, terminará por ir hacia usted, por buscarle... y encontrarle.

—Lo sé muy bien —resoplé—. Soy la camada propiciatoria. Pero esta vez no dejé indicio alguno de mi identidad en ese cadáver...

—Bastó con esa tarjeta donde firmaba el nuevo criminal —sonrió Forrester—. Es el primer paso. Seguirá algún indicio que se nos ocurra. Luego, un aparente error, un fallo tras otro...

—Como Pulgarcito —refunfuñé—, dejaré tras de mí un reguero de migas. ¿Y cuando el monstruo empieza a seguirías? El final será una aguja en mi corazón..., y mis ejes rara algún banco ocular de la ciudad...

—No diga tonterías —rechazó Forrester—. A cada momento estará más vigilado por nosotros. Cuando llegue ese momento, cuando usted sea el auténtico cebo, será más difícil hacerle daño a usted que a mí mismo...

—Esperemos que sea así. ¿Y si a ese chiflado se le ocurre buscar nuevas víctimas, para establecer conmigo una especie de... de competencia?

—Hemos pensado en ello —asintió Martin Ryan, gravemente—. No creo que eso cambie mucho las cosas. El monstruo seguiría, del mismo modo, eligiendo víctimas... Su carrera criminal dista mucho de haberse detenido. No buscamos que reduzca el número de asesinatos, porque eso quizá sea imposible. Sólo queremos que se precipite, que cometa errores...

—¿Y si no los comete?

—Los comerá, Mark —aseveró mi amigo, con energía—. En eso, todos estamos de acuerdo en este momento...

—¿Todos? —Sentí ganas de reír, aunque no lo hice—. ¿Incluso el propio asesino?

Me miraron de un modo, que aunque me hubiese reído, hubieran logrado cortarme esa risa de raíz.

CAPÍTULO V

El *crimen* en Battery Park, firmado por El Agresor Nocturno, se había cometido exactamente en la madrugada del jueves al viernes, en aquella húmeda semana otoñal que padecíamos en Nueva York.

La respuesta del Monstruo no se hizo esperar. Fue como un trallazo para mí. Antes de ese momento, ningún otro suceso había llegado a impresionarme tanto.

Fue como un mazazo para toda la ciudad. Pero ninguno sintió su impacto más que yo, estoy seguro. Y eso que estaba preparado para algo así, justo desde el momento en que me metí en aquella loca aventura.

La primera noticia, me la dio el teléfono. Su estridente llamada me arrancó de mis sueños, cuando todavía no eran las ocho de la mañana. Me incorporé en el lecho. Miré a Connie, que dormía en el lecho gemelo, a escasa distancia mía. Se agitaba somnolienta. Descolgué. Cuando oí la voz varonil, ronca, pidiendo por mí, le hice un gesto rápido.

—Es para mí —hablé—. Sigue descansando, querida. Se durmió en el acto. Había trabajado mucho la noche anterior, pintando y reparando el apareamiento, mientras yo ordenaba los nuevos muebles y los libros recién comprados. Aquello empezaba ya a parecer un hogar decente.

—Sí —dije al teléfono, sin levantar mucho la voz para no alterar su sueño—. ¿Quién llama? Soy Mark Whitman...

—Mark, soy yo —reconocí ahora la voz de Martin Ryan—. Ven lo antes posible a la redacción. Estoy aquí, recadando una edición especial... Iremos juntos a cierto lugar. Es urgente. No faltes, te lo ruego. ¿Cuánto puedes tardar si te apresuras?

—Veinte minutos —dije— ¿es grave?

—Sí, bastante. Pero estaba previsto. Quizá resulte necesario...

Habitualmente, necesito diez minutos para quitarme el sueño de

encima. Esta vez, había dejado de tener sueño cuando me metí bajo la ducha fría. Salí de ella y, sin afeitarme ni asearme más, me sequé, peiné mis cabellos, me vestí apresuradamente y salí de mi apartamento, enviando con la punta de los dedos un beso a Connie. Ella ni se enteró.

Veintidós minutos más tarde, estaba en la redacción del *Globe*. Martin me esperaba ya en su automóvil, ante la puerta. Me había demorado casi diez minutos. Salté dentro del vehículo, a un gesto suyo. Sus neumáticos volaron sobre el asfalto, hacia alguna parte de la ciudad. Le miré. Él miraba ante sí, al tráfico matinal, ya lo bastante denso como para ser preocupante.

—¿Qué sucede, Martin? —quise saber—. ¿Dónde es el fuego?

—En las inmediaciones de Central Park —dijo, sin volverse—. En la Calle Setenta y Dos Este. Detrás de un puesto de hamburguesas.

—Por todos los diablos, ¿qué ocurre allí? —Me impacienté.

—El monstruo —explicó, seco—. Ha golpeado de nuevo.

Me callé, impresionado. Ya no dije nada hasta verme ante la víctima y sentir náuseas.

—Dios mío... —gemí, volviendo la cabeza.

Aquello era diferente. No se trataba de jugar a las máscaras con una prostituta. No era ver un cadáver utilizado como falsa víctima, aunque hubiera que acuchillar un cuerpo sin vida, anónimo y triste, recogido en cualquier calle de la ciudad. Era peor. Mucho peor.

Taro edén había sido una mujer. Una dama de mediana edad, de cabellos canosos. Con una estola de visón y un traje de noche color verde oscuro, de buen tejido. Yacía de bruces, tras un puesto de hamburguesas, pegada casi a un muro de ladrillos. Podía ser una dama, a la salida de alguna fiesta nocturna. O una mujer de buena sociedad que quiso pasear en la madrugada. Eso importaba poco, ahora. Lo cierto es que estaba muerta.

Muerta. Con una larga agria de acero asomando de sus ropas, sobre el corazón. Con los párpados caídos sobre unas cuencas vacías, sin globos oculares. Algo horripilante.

—Aquí la tienes —señaló Martin roncamente, al llegar—. La sexta víctima del monstruo. Una mujer, esta vez. Sigue un ritmo determinado, al parecer. Primero fueron dos mujeres. Luego, dos hombres. Posteriormente, otra mujer. Y ahora... la segunda. Si sigue

con los hombres, de dos en dos, marcará un método.

—No esperó demasiado... —dije anonadado, coa un escalofrío.

—No, no demasiado. Teniendo en cuenta su naturaleza psicopática, casi era de temer. —¿Se pudo evitar?

—No, Mark. Lo hubiera hecho igual. La ciudad es un área demasiado amplia para que la policía la vigile totalmente. Ni siquiera sabemos qué víctimas elige. No prefiere una clase social determinada. Ataca por sorpresa...

—Es la primera vez que presencio un crimen real —señalé, mirando hacia los policías, que nos rodeaban, efectuando inspección, fotografiando, tomando medidas, huellas—. ¿Y el capitán Forrester?

—En camino. Tarda más que tú en despegar sus párpados. Se acostó a las cinco. Hay más asesinos en Manhattan que el Monstruo y el Agresor Nocturno —comentó, zumbón, mi amigo—. Tuvo un crimen esta madrugada, en Greenwich Village. Estaba agotado, según creo. Pero no tardará.

No tardó. Cinco minutos más tarde, estaba allí, con su coche haciendo sonar estridentemente la sirena, en la fría mañana neoyorquina. Al llegar, nos dirigió una mirada ceñuda, y se ensimismó en la contemplación de aquel cuerpo sin vida. Si alguien le hubiera pedido un favor, en esos momentos, creo que hubiese sufrido un buen revolcón.

—¿Qué nos dice de esto el forense? —Le oí gruñir al poco rato.

El forense, aterido dentro de un gabán de pelo de camello, excesivo para aquella época del año, aunque la mañana no fuese un prodigio de buen clima, se limitó a replicar, en tanto cerraba su maletín:

—Como las cinco veces anteriores, capitán. Muerte instantánea, por herida de una aguja de acero, atravesando el corazón. Perfecta extirpación quirúrgica de los globos oculares, con cortes perfectos, a bisturí. Debió suceder, teniendo en cuenta la temperatura ambiente que el Servicio Meteorológico ha indicado para las últimas horas, sobre las cinco y cuarto a seis y media de la mañana. Quizá la autopsia sea más explícita, aunque lo dudo.

El doctor Ballard, refunfuñando de mal humor, se alejó en su coche oficial. Le seguí con la mirada, pensativamente. Luego, contemplé el cadáver, antes de ser cubierto por una manta. Bajo los

párpados, la sangre formaba regueros oscuros, coagulados en el rostro de la dama de pelo canoso. Me recordó a Edipo, Rey. Pero esto no era maquillaje. Me estremecí.

—No debe ser cesa sencilla, extirpar dos globos oculares en plena calle —observé.

—No lo es —convino Forrester, mirándome, pensativo—. Hace falta cortar nervios, arterias, tejidos sensibles... Todo ello en muy poco tiempo. Es un experto.

—Sí, ya lo veo —volví a mirar el coche de Ballard, el forense, doblando ya una esquina—. ¿No puede ayudarles el hijo del doctor, en todo esto?

—Ya lo hizo. El afirma que es un profesional, un médico. Un cirujano, sin duda. Y especialista en oftalmología.

—No debe haber muchos en la ciudad... —Los hay, pero pocos son lo bastante buenos para algo así— convino, secamente, Forrester. —Supongo que el hijo del forense lo es...

—Claro. Y conoce a sus buenos colegas. Nos dio una lista de ellos —el capitán se detuvo en el bordillo de la acera, ceñudo. Miró al frío cielo matinal con cara de pocos amigos—. De momento, no nos sirve de mucho. Ninguno es un chiflado. Casi todos son respetables y tienen un prestigio. Es difícil manejar a gente así.

—Sin embargo, es posible que uno de ellos... sea el monstruo que busca —apunté.

—Quizá —se encogió de hombros—. Pero es como soñar en alcanzar la luna con las manos. ¿Qué hago? ¿Pedirle coartada a cada uno para esta madrugada? Casi todos son casados. Dormirán en sus casas. Dormir no es una coartada. Y la esposa de uno, a veces duerme como un tronco durante toda la noche, y quizá no se despertaría aunque el marido se ausentara una hora de su lecho. Lo digo por experiencia —terminó el capitán, con un gruñido.

—Evidentemente, capitán, es usted un esposo feliz —comenté, sarcástico.

—Como todos, más o menos —replicó él, con no menos sarcasmo.

La pista de los cirujanos expertos en oftalmología, parecía condenada al fracaso, a juzgar por los indicios. No insistí en cito, y me limité a contemplar el resto de los trámites policiales, hasta que una ambulancia se llevó a la dama desconocida, poco antes de que

un tibio y descolorido sol pusiera pinceladas de un amarillo difuso en la Calle Setenta y Dos Este.

—¿Se sabe quién era ella, capitán? —Era mi amigo, Martin Ryan, del *Globe*, quien hacia la pregunta.

—¿La víctima? Sarah Mulligan. Con residencia en la Décima Avenida, cerca de Broadway. Buena familia, al parecer. Viuda. Pero eso no nos dice nada. La anterior, Eileen Lloyd, era una cantante de club nocturno. Y los dos hombres, Stuart Neville y Duncan Shannon, eran, respectivamente, camarero y empleado postal. Las primeras víctimas, Karin Farreli y Selena McIntire, prostituta y fotógrafo profesional de clubs nocturnos, respectivamente. Diversos oficios, condición social distinta, sexos alternos... Nada que indique un método..., excepto en la aguja de acero y en la mutilación de sus ojos. Absurdo. Todo absurdo, Ryan. Como la obra de un loco.

—Supongo que usted tendrá que ir a visitar a los Mulligan —suspiró Ryan—. Yo voy al *Globe* a preparar algo. Saldrá en segunda página. O en tercera. Quitaré importancia a ese salvaje y a su crimen, a ver si eso le enfurece más aún. Aunque, de momento, no veo que haya cometido errores en su nuevo crimen...

—Yo, sí —farfulló inesperadamente el capitán Forrester, alzando sus ojos hacia nosotros. Los fijó particularmente en mí, al añadir—: ¿No se han dado cuenta? Nuestro misterioso asesino ha cometido el primer error en ícela su carrera criminal...

—¿De veras, capitán? —Martin Ryan mostró un asombro considerable—. ¿Cuál?

—Tenemos aquí un indicio que *jamás*, antes de ahora, había cejado en sus crímenes... Apenas es nada, pero... ya es algo —levantó en sus dedos, enguantados en todo momento, algo que había recogido del suelo, quizá junto al bordillo de la acera cuando se detuvo poco antes, y lo mostró casi triunfalmente a nosotros den El débil sol matinal arrancó del objeto un destello azulado.

—¿Qué es eso? —quiso saber Ryan.

—Un pequeño bisturí con manchas de sangre... Quizá de los que utiliza en sus mutilaciones... No sé si llevará huellas, pero tiene unas iniciales grabadas en el acero, las de su fabricante..., y eso ya puede ser algo. Cuando menos, es mucho más de lo que hasta ahora dejó tras tío sí el Monstruo de Manhattan. Y eso indica algo...

—¿Qué? —le pregunté yo.

—Que su juego da resultado, Whitman —me dijo el policía—. Siga adelante, amigo mío. Ya ha conseguido que nuestro misterioso personaje revele en su comportamiento algo que, hasta ahora, no reveló nunca: *nervios*...

Nervios.

De modo que el Monstruo estaba nervioso. Lo suficiente para haber olvidado o perdido en el teatro de su crimen una pieza de su equipo quirúrgico. Un bisturí. Muy pequeño, muy afilado...

Quizá no significara gran cosa. Pero, como decía el capitán Forrester, podía denotar falta de confianza en su propietario. Un fallo, aunque insignificante en apariencia. Un fallo, a fin de cuentas. Y yo era el responsable de él...

Me sentí realmente importante, por vez primera desde que iniciamos aquel juego disparatado. Sonreí, aunque la noticia fuese trágica, cuando la descubrí en tercera página del *Globe*, reducida a un titular normal, sin demasiada espectacularidad.

En cambio, la primera página seguía ocupada con el recuerdo de mi *hazaña* nocturna:

La policía busca el misteriosa enmascarado de Battery Park.

¿Se trata de un criminal obsesionado por las mujeres?

El monstruo se debía sentir muy decepcionado, aquel día. Su abominable crimen de la noche anterior, sólo merecía un cementarlo escueto, bajo un titular demasiado breve:

Manhattan, entre dos fuegos. El Menstruo ataca de nuevo. ¿Cuándo va a libramos la policía de dementes como éste y el Agresor Nocturno de Battery Park?

La astucia de Martin Ryan podía resultar, evidentemente. Pero era un juego demasiado cruel. Nadie sabía de lo que podía ser capaz un hombre como aquél...

—¿Preocupado, Mark?

Levanté los ojos. Asentí, con gesto sombrío. Los periódicos me rodeaban, como si en ellos estuviese la crítica más elogiosa a mi

última representación teatral. Y tal vez lo estaba. Recordando mis últimas actuaciones con aquella triste compañía de provincias a la que había abandonado apenas acepté el trabajo para Martin Ryan, casi me sentí un nuevo gigante de la escena. Pero eso no me quitaba preocupaciones, sino que más bien las aumentaba.

—Sí —admití, mirando a Connie—. Mucho.

—¿Es..., es todo ese asunto...? —señaló a los periódicos.

—Claro. ¿Qué otra cosa, si no?

—Creí que cuando aceptaste, era para sentirte mejor...

—Era para ganar dinero, Connie. Y para aceptar un papel que me hiciera sentir orgulloso de mí mismo y de mi profesión de actor —sacudí la cabeza con desaliento—. Dudo que las cosas sean tan sencillas.

—No puedo verlo. He estado ante un auténtico asesinato, ante una mujer *realmente* muerta a manos de un criminal... Eso lo cambia todo. Connie.

—Creo entenderte —se inclinó sobre mí. Sentí en mis manos el calor de las suyas. Me beso dulcemente en los labios—. No es lo mismo jugar con ficciones... que enfrentarse a una cruda realidad, Mark. Tú interpretas un personaje que no existe. El... sí existe. Es una bestia, un loco, lo que sea... Pero *es*. Y ahí está lo malo.

—No me da miedo el asesino. No le temo, Connie. Lo que me aterra es..., es sentirme culpable de otras muertes...

—Había matado ya, a chico. Y tú ni siquiera sabías que ibas a verte mezclado en ese asunto. Seguiría de igual modo su cadena, no lo dudes.

—El hombre siempre duda, Connie.

—¿Hamlet? —Me miró, sonriendo burlona, pero afectuosamente.

—No. Mark Whitman, simplemente.

Repicó el teléfono. Descolgué, presuroso. Pregunté:

—Whitman. ¿Quién llama?

—Soy el capitán Forrester —me dijo la voz profunda del policía—. ¿Quería saber algo sobre el bisturí encontrado hoy en la Calle Setenta y Dos?

—Por supuesto —asentí, curioso—. ¿Algo revelador?

—No mucho. Las iniciales corresponden al fabricante que provee del mejor material quirúrgico a los cirujanos de la ciudad y de gran

parte del país. Es un bisturí especial para cirugía oftalmológica. Un modelo reciente, lanzado al mercado. Los cirujanos han recibido muestras gratuitas del mismo. Ésta es una de esas muestras...

—¿Puede conducir a algo?

—No lo sabemos. El hijo del doctor Ballard trata de ayudarnos. Personalmente, él mismo recibió uno de esos bisturíes; por ello lo hemos averiguado. Los servirán este próximo invierno.

—De modo que sí condujo a algo: el asesino es un cirujano de oftalmología.

—O tiene acceso a una clínica oftalmológica —me rectificó, vivamente, Forrester—. El propio doctor Nelson Ballard, el hijo de nuestro forense, ha extraviado la muestra que recibió de ese bisturí. Igual podrían robarla. Pero ya es algo.

—Evidentemente, lo es —asentí, pensativo—. ¿No va a ocuparse alguien de investigar eso? Puede que nuestro asesino empezara a sentirse menos seguro...

—Es lo que voy a hacer ahora mismo. Un agente nuestro se ocupara del asunto. Pero usted va a necesitar apretar un poco más las clavijas a nuestro nombre.

—Eso..., ¿qué significa? —refunfuñe, temiéndome lo que iba a venir.

—Ya lo sabe. Whitman. Eso significa actuar, de nuevo, esta noche.

Sí. Ya lo sabía.

CAPÍTULO VI

Esta vez, era Brooklyn.

Los muelles del East River, frente por frente a la punta sudeste de Manhattan, aparecían tan desiertos como Battery Park, la vez anterior. Pero había en el sector portuario varios locales nocturnos donde las profesionales de la noche acudían como polillas a la luz de la llama. Había sido bien informado de todo ello.

Era el segundo decorado de la representación. Mi segunda escena.

Otra vez las ropas oscuras, la máscara de negra seda... La publicidad en los periódicos, especialmente en el *Globe* —y al *Globe* le copiaban otros muchos rotativos, factor con el que ya contaban Martin y el capitán Forrester al iniciar la aventura—, no me haría ningún bien. Si alguien me descubría, con el rostro enmascarado, podían suceder varias cosas. Una de ellas, era que alguien se llevase un susto de muerte. Otra era que diesen la alarma y un ejército de policías no enterados de mi farsa, me cosieran a balazos.

Pero estaba metido en aquello hasta el cuello. Tenía que seguir adelante, con todas sus consecuencias. Y esperar que, llegado el caso, si algo fallaba, el capitán y los más directos colaboradores en aquella superchería, llegaran a tiempo de salvar mi pellejo.

De nuevo elegí al azar. No podía hacer otra cosa.

Las puertas de un local iluminado se abrieron, y vomitaron a una pareja a la mojada acera, negra y reluciente como si fuese de charol. Eran un hombre y una mujer. Se metieron en un portal cercano, tras recorrer aquel trecho tropicando cómicamente. No se me ocurrió siquiera acercarme a ellos. El tipo era una especie de mastodonte que me aplastaría fácilmente con sus puños, si veía en mí algo sospechoso. Y creo que una máscara negra es lo bastante sospechosa como para que hasta un atrasado mental recele de uno.

Tras una corta espera, las mismas puertas cedieron de nuevo, para dejar salir a la calle a otra pareja. Pero esta vez, se trataba de dos mujeres, amigablemente cogidas del brazo, que reían y hablaban entre sí, animadamente. Dudé, sin saber qué hacer. Ambas eran colegas, pero, sin duda, no habían tenido suerte esta noche. Dependía de lo que hicieran seguidamente, pero las circunstancias me ayudaron, porque alguien asomó, llamando a una de ellas a voces desde el Toca iluminado, y la pareja se disolvió, al regresar la aludida, tras excusarse, y dejar sola a su compañera en la solitaria calle.

Sin inmutarse por ello, la muchacha echó a andar, canturreando entre dientes con voz aguardentosa. Ahora, ya estaba decidido. La seguí.

Mi calzado de goma no producía el menor mido en las calles mojadas. Caminé tras de ella, a distancia prudencial, durante un buen trecho. Luego, de repente, ella se detuvo. Estaba ante la que, sin duda, era la puerta de su casa. Un sórdido edificio asomado a la humedad y neblina sucia del East River, tras un *pier* mal alumbrado.

Metió una llave en la puerta. Yo entré en acción.

Extraje el cuchillo de entre mis roñas, y avancé rápido hacia ella. Levanté el arma cuando mis pies chapotearon en un negro charco, y una rana gris y repugnante escapó hacia una alcantarilla, asustada.

La muchacha, pelirroja y muy maquillada, giró de cabeza, con cierto sobresalte.

Verme y emitir un alarido desgarrador, fue todo uno. De su mano, escapó una llave, ore sonó sordamente en el pavimento. Luego, sus ojos se desorbitaron, clavados en mí..., y su desmoronó, quedándose inerte sobre la acera, ligeramente apoyada en la fachada de la sucia y oscura casa.

Se había desmayado.

Simultáneamente, se encendieron luces en las ventanas. Comenzó a asomar gente, alarmada por su grito...

—¡Allí, en la calle! —gritó alguien—. ¡Ese hombre de oscuro... lleva un cuchillo!

—¡A él! —voceó otra mujer—. ¡Quiere matar a Lorelei! ¡Es un asesino!

—¡Favor! ¡Socorro! —clamaron varias voces, inmediatamente.

Las cosas se ponían muy feas para El Agresor Nocturno. Di media vuelta y eché a correr, antes de que fuese demasiado tarde. Otras luces y otras voces, en el nada respetable barrio, empezaban a surgir por doquier. Si me cazaban, posiblemente sería linchado, sin tiempo para una explicación.

Además, ¿quién diablos iba a creer mi historia, aunque pudiese hablar con todos ellos?

Guardé mi arma, para evitar accidentes irremediables, y corrí como nunca había corrido antes de ahora, tratando de desorientar a mis posibles perseguidores en las callejuelas portuarias de Brooklyn.

Lo cierto es que ellos empezaron a perseguirme. Pronto oí carreras rápidas en pos mío y, aunque como atleta me sentía seguro de mí mismo, no podía estar convencido de que no llegaban a acorralarme, en un barrio que conocían mucho mejor que yo, procediendo luego a mi linchamiento.

La oscura furgoneta del capitán Forrester, apareció justo a tiempo, en una esquina. Iba precedida por un coche-patrulla con su sirena y su reflector, inactivos. Apenas me vislumbraron, se detuvieron ambos vehículos. Una voz me susurró:

—¡Arriba, pronto!

Salté a la puerta de la furgoneta y me metí en el vehículo sin perder tiempo. La portezuela se cerró, al mismo tiempo que se abrían las de atrás, y alguien arrojaba suavemente a una acera un bulto que sonó de forma sorda, al golpear el asfalto.

—Estaba en un buen lío —resoplé, acomodándome junto al capitán de Homicidios, en la furgoneta—. La chica elegida se desmayó... Sus vecinos salieron tras de mí.

—Imaginaba algo así —asintió el capitán, ceñudo—. No tema ya. Está a salvo, Whitman. Vamos a salir de aquí. El coche patrulla se quedará, para ser requerido.

—¿Y... el cadáver...?

—Ya ha sido soltado, ahora mismo. Dentro de poco, sus perseguidores se darán de bruces con él. Y renunciarán, posiblemente, a seguir buscando a nadie... para dejar el asunto totalmente en nuestras manos. Ya lo verá.

El capitán estaba en lo cierto. Sólo unos minutos más tarde, un grupo de una docena de hombres y mujeres se detuvieron,

sobrecogidos, ante lo que yacía en una acera de la zona portuaria de Brooklyn.

Era un cadáver de mujer. Vestía ropas estridentes, llamativas, sobre un cuerpo que, en vida, debió poseer indudable atractivo. Un cuchillo asomaba entre sus omoplatos, y una melena rubia se extendía sobre el asfalto, como una mancha de oro hilado.

—Dios... —jadeó alguien—. Un cadáver... ¡Ha matado a una mujer!

—Estaba seguro de ello —musitó otra voz, la de una mujer llena de terror—. ¡Debía de tratarse, sin duda, del Agresor Nocturno...!

Contemplaron aquel cuerpo sin vida, sobre el que se había derramado sangre reciente, procedente de una bolsa especialmente conservada, como el cadáver contenido en la furgoneta oscura, en una cámara calorífica. A ojos de todos, era un perfecto asesinato, cometido virtualmente ante sus propias narices.

Eso les quitó todo ánimo de perseguir al fugitivo enmascarado. Y se sintieron muy satisfechos cuando un coche-patrulla de la policía hizo acto de presencia allí, ahorrándoles la necesidad de informar de lo sucedido a las autoridades.

—¡Cielos...! —resoplé, cuando supe que las cosas habían salido como esperábamos—. Y ahora, ¿qué va a suceder?

—No lo sé —me confesó, *en* la sombra, el capitán Forrester—. Esperemos que nuestro anónimo adversario se desoriente un poco más, y cometa algún otro error..., aunque no siempre podemos esperar que pierda un bisturí en el escenario del crimen. Pero hay otros modos de dar un paso en falso, Whitman...

Sí. Había oíros modos, evidentemente. Muy pronto iba a averiguarlo. Justo cuando el Monstruo de Manhattan supiera que su competidor, el Agresor Nocturno, había vuelto a ganarle la baza de la popularidad...

INTERLUDIO

—Ha sido muy amado, doctor. Sí, gracias. ¡Adiós, buenos días...!

—Buenos días, señor Scott... Hasta la próxima semana... —El oftalmólogo cerró la puerta de su consulta, y suspiré, contemplando ti su enfermera—. ¿Alguien más, señorita Van Druten?

—No, doctor era el último paciente...

—Está bien. Puede retirarse, en tal caso. No recibiré, por hoy, a nadie más. Tengo mucho trabajo. Venga mañana a la hora de costumbre.

—Sí, doctor ocre ir consulta convenida con la señora Fraser...

—Llámela para aplazarla a mañana. Hoy no me siento con ánimos de atender a riegan paciente más. Sus cataratas no son de urgencia. Si hacemos ese trasplante de córnea el me que viene, todo estará resuelto para ella. Dígaselo así, por favor.

—Descuide, doctor. Así lo haré. De todos modos, si necesita que le haga alguna cosa de las que...

—No. No me haga nada en absoluto. Tiene mi permiso para ir a disfrutar este día sin nubes, señorita Van Druten. Palabra.

—Es muy amable, doctor. Hasta mañana.

El célebre especialista en oftalmología respiró hondo, apenas se vio solo. Se despejó de su bata, y caminé hacia la sala inmediata, donde había apilado sobre una mesa todos los rotativos del día. Eran ediciones especiales. Clavó sus ojos centelleantes en la primera página del *Globe*. Se diferenciaba tan poco de los demás, que parecían haber sido redactados todos los titulares por una misma persona.

Aun así, los de *Globe* eran los que más parecían irritarle.

¿Hasta cuándo?

Nueva York sacudida por una nueva y siniestra mano

criminal.

¡Nuevo crimen del Agresor Nocturno!

Se confirman las sospechas iniciales. Sólo las mujeres son sus víctimas. ¡El sádico enmascarado aterroriza la ciudad!

Las manos del cirujano estrujaron, temblorosas, las páginas del periódico. Lo arrojó, furioso, al suelo. Paseó febrilmente por la sala, frotándose nerviosamente ambas manos húmedas de sudor. Su rostro estaba pálido, crispado.

—Necios... ¡Torpes! —jadeaba—. Esa gente está loca... Son unos estúpidos sin imaginación... ¡Ellos sólo prestan atención al sexo, al sucio y maldito sentido sexual de los delitos más vulgares y soeces! ¡Ese Agresor es sólo un maníaco!, un ser depravado, no un genio del crimen, capaz de producir obras de arte cuando destruye Yo les enseñaré... ¡Yo enseñaré a esos malditos reporteros, a esos estúpidos y torpes periodistas a distinguir entre el genio y la vileza, entre el cerebro y el instinto! ¡Merezco las primeras planas, *exijo* que me dediquen toda la atención y la importancia que mi trabajo merece, y no que caigan en la obscenidad de elogiar y resaltar la tarca de un vulgar matarife!

Terminó su verborrea furiosa, dando patadas rabiosas a todos los periódicos, cuyas hojas revolotearon por toda la sala, en torno suyo, como una extraña hojarasca otoñal de papel impreso. Afuera, el tibio sol dibujaba matices de oro viejo en el paisaje del otoño neoyorquino.

El médico especializado en oftalmología, pareció serenarse súbitamente. Dejó a un lado sus arranques coléricos, apiló los diarios con sus grandes titulares encima de un mueble, y poco a poco se calmó, enjugándose la transpiración del rostro, y tomando, finalmente, un sorbo de agua de una jarra situada sobre una mesa cercana.

Poco más tarde, un hombre de aspecto impecable salía de la consulta, para dirigirse a su domicilio. De éste salían, en ese momento, una mujer todavía joven, de cabellos claros, suaves y sedosos, vestida con sobria elegancia. La acompañaban dos muchachos de unos seis a siete años, y una mujer madura, con ropas oscuras y aspecto inconfundible de sirvienta. El médico se

paró, como sorprendido, frente a su casa y ante el automóvil dispuesto para la marcha.

—Pero, querida... —murmuró, desorientado—. ¿Qué significa esto?

—¡Oh, cariño! Eres terriblemente olvidadizo. Recuerda que debíamos reunirnos con mamá en este fin de semana... No tú, claro está, puesto que tienes trabajo en el hospital hasta el lunes, pero sí nosotros tres... Sarah nos acompaña, por supuesto. Se queda Jessica contigo, no te preocupes. Ya sabes que todo lo tendrá a punto.

—No, no me preocupa eso —el médico se pasó una mano insegura por su frente, bajo los cabellos suavemente canosos y bien peinados—. Lo cierto es que había olvidado totalmente lo relativo a nuestro viaje... Perdóname, querida, pero creo que quien realmente está necesitando más un descanso fuera de esta maldita ciudad, soy yo...

—Te lo he repetido muchas veces, pero eres tú quien no quieres venir —sonrió ella—. Espero que antes de las fiestas de Navidad te decidas a tomarte un descanso, que olvides tu trabajo, tus clientes, tus operaciones...

—Tendré que hacerlo, antes de volverme rematadamente loco —suspiró él, acariciando su mejilla. Luego, se inclinó para besar a sus hijos, que jugaban en el coche—. No disgustéis demasiado a mamá ni a la abuela. Sed buenos, hijos.

—Sí, papá —prometió uno de ellos.

Besó, después, a su mujer. Y se quedó parado en la acera, viendo partir el coche, conducido por ella, camino del descanso en las afueras sin rascacielos que agobiasen sus horizontes.

El doctor entró en su casa con aire calmado. Cerró tras de sí y se encaminó a su gabinete. Se acomodó en él. Sus ojos vagaron, pensativos, por las paredes. Se detuvieron en un armario cerrado herméticamente. Respiró hondo. Era un armario refrigerado a especial temperatura. Siempre cerrado. Sólo el tenía la llave.

Extrajo su llavero. Jugueteo con una determinada llave. Se puso en pie. Fue hacia el armario. Lo abrió sin prisas.

Dentro, se alineaban frascos de determinados medicamentos, envases de productos delicados, necesitados de tura temperatura fría constante... Y muy al fondo, empañados por ese frío, había media docena de tarros muy especiales.

Tarros de vidrio grueso, conteniendo un líquido levemente turbio. Y flotando en él, dos esferas blancuzcas en cada uno... Bolas de una extraña materia, conservadas a aquella temperatura...

Parecían ojos humanos. Globos extraídos de las vacías cuencas de seres vivientes...

Lo contempló largamente. Respiró con fuerza. Luego, entornó sus ojos brillantes, excitados. Sus manos se crispaban con rabia sobre el tirador del armario frigorífico.

—Mi obra es perfecta... —susurró—. Cuando existe la inteligencia y cuando se tiene sentido artístico..., hasta el crimen puede ser algo hermoso y delicado... Pero esas aberraciones, esos crímenes vulgares y soeces... No pueden vencerme con semejantes armas. ¡No lo permitiré! Yo..., yo... el Monstruo, como ellos dicen... ¡les demostraré de una vez por todas lo que soy capaz de hacer! A ellos, a esos estúpidos periodistas, zafios y torpes... ¡y a toda la ciudad! ¡Las primeras planas de los diarios volverán a ser mías! ¡Mías... desde mañana mismo!

Cerró la cámara refrigeradora con violencia. Luego, se precipitó hacia su mesa. Se sentó en ella como si fuese a extender una receta médica para un cliente. Pero en vez de eso, se puso unos guantes de fino tejido elástico, que se ceñían totalmente a sus dedos. Abrió un armario, extrayendo de una gaveta papel sin timbrar, de un paquete que tuvo que desprecintar. Eligió un rotulador vulgar, de un estuche de lápices y plumas.

Y comenzó a escribir...

SEGUNDA PARTE

SIGUEN LOS APUNTES DE UN ACTOR

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Le has dedicado, esta vez, la primera plana?

—Tenía que hacerlo, Mark, ¿no lo comprendes? Es noticia. Los demás no podían pisarme la información. Pero le he dado sólo una parte de esa plana. Lo bastante para irritarle más profundamente, si no me equivoco respecto a su psicología. Y por lo sucedido hasta hoy..., creo que no hay equivocación posible.

Asentí. Parecía confirmarse la teoría inicial de Martin Pecan. Aquella *Carta abierta del Monstruo de Manhattan a la ciudad de Nueva York...* y muy especialmente al reportero Martin Ryan, como decía el escrito, era la obra de un presuntuoso enfermizo, de un obseso por la grandeza de su obra, aunque fuese criminal. Y, desde luego, de un ser sumamente peligroso en todo terreno.

El texto escrito por el asesino con rotulador, en caracteres intencionadamente deformes, usando quizá la mano zurda, era muy expresivo en sus insultos a la vulgaridad de los periodistas y al mal gusto del público de la ciudad. Para él, mis *crímenes* eran obra de un obseso sexual sin inteligencia. Y la importancia dada a ellos, la prueba más fehaciente de que sólo basura interesaba a Prensa y público.

La parte más interesante y estremecedora de aquella misiva anónima, remitida al *Globe*, aunque reproducida luego por varios diarios más, era sus párrafos finales:

«A usted, Martin Ryan, le desafío ahora mismo. Mis futuros crímenes serán mucho más audaces que los anteriores. Si me es posible, procuraré que le toquen muy de cerca, que vea usted en su exacta dimensión mi capacidad y mi inteligencia. Después de eso..., hable cuanto quiera. Pero no vuelva a dar trascendencia a los abominables actos de violencia de un vulgar maníaco

sexual. Eso es pura bazofia, no un sentido de arte aplicado al crimen...

»Y, si es preciso, seré capaz de demostrar mi inteligencia dándole jaque mate a su propio favorito, ese soez y obsceno Agresor Nocturno, terror de mujeres de la más baja condición social.

»Hasta muy pronto.

»*El Monstruo de Manhattan*».

—Realmente, es un desafío en toda regla —admití—. ¿Qué piensas hacer?

—Esperar. No puedo hacer otra cosa. El hijo del doctor Ballard ha tanteado va a varios colegas amigos suyos. Solamente el doctor Valenti y el doctor Karras, ambos notables oftalmólogos, cirujanos especializados, además, no han sabido decirle dónde temían sus bisturís especiales, o no los ha visto él entre su instrumental más moderno... Puede no significar nada, pero...

—Valenti, Karras... y Ballard júnior, claro está —dije, con sarcasmo.

—Y Ballard júnior, desde luego —suspiró, mirándome—. ¿Sospechas de él?

—Yo no sospecho de nadie —reí—. No soy el capitán de Homicidios. Era sólo un comentario. No debe olvidarse a nadie, Martin. Es lo que dicen las novelas policíacas.

—Esto no es una novela policíaca —me objetó, secamente, mi amigo, que parecía mucho más preocupado que de ordinario.

—Pues nadie lo diría —bostecé—. Habría autor capaz de pagar por una idea así... ¡Eh! ¿Te inquieta tanto la amenaza de ese asesino, si es que fue él quien la envió a tu periódico, Martin? Te veo distinto, como ausente.

—Eres muy perspicaz, Mark. Sí, eso es cierto. Pero ahora no se debe a ese maldito caso. La carta me preocupa, lo admito, aunque no hasta tal punto. Estaba pensando en otra cosa... Algo personal.

—Perdona. No debí decir nada.

—¡Oh!, ¿por qué no? Nunca tuvimos secretos entre nosotros. Ya sabes lo de Abbe, después de todo. Pasamos por trances parecidos tú y yo, Mark.

—Sí. La suerte es que yo ya lo pasé —sonreí triste mente—. Las

cicatrices se curaron.

—A mí, empiezan a abrirseme. No es fácil lo que me espera, Mark. Abbe me lleva ventaja en el juego. Es muy lista.

—Todas las mujeres lo son, sobre todo cuando llega el momento del divorcio. Seguro que tiene las de ganar.

—Seguro. Además, anda reunida estos días con tu mujer.

—¿Daphne? —Enarqué las cejas, mirándole asombrado—. Dios te coja confesado, amigo.

—Sé qué clase de mujer es Daphne. No sólo por lo vuestro, sino por los consejos que da, ahora, a Abbe. Y ella los sigue, claro... Me van a desvalijar. Pero quizá valga la pena.

—Si todo se derrumbó, vale la pena. ¿Sientes algo por Abbe?

—Lo sentía. Tal vez sienta algo aún, pero... ya *no* es igual. Lo sabré soportar bien, estoy seguro. Me hice a la idea.

—Te felicito —me puse en pie, sacudiendo la cabeza—. Yo tardé en pensar así. Aún quería a Daphne cuando empezó el caos. Tardé en cambiar de idea. Como tú dices, ahora ya pasó todo. Te ocurrirá lo mismo cualquier día, no lo dudes. Si no quieres pensar en ello, vuelve a ocuparte del Monstruo. Será como un sedante.

—Sí. Y cuando me duela la cabeza con el Monstruo, pensaré en Abbe, y será otro sedante. ¡Lo me harán pedazos entre ambos! —estalló, al fin, mi amigo Ryan, malhumorado.

Le miré, pensativo, y salí, dejándole a solas con sus pensamientos. No sé por qué, al ir camino de mi apartamento, donde Connie tendría ya preparada la comida, se me ocurrió pensar en un determinado párrafo de la carta del asesino dirigida a la Prensa:

«Y si es preciso, seré capaz de demostrar mi inteligencia dándole jaque mate a su propio favorito, ese soez y obsceno Agresor Nocturno...»

Era una tontería, quizá. Pero miré en torno mío, mientras llegaba a casa, preguntándome si, realmente, unos ojos invisibles habían empezado a buscarme por la ciudad... y en estos momentos alguien podía estarme vigilando, acechando, desde el rostro de un criminal despiadado, cuya identidad era para nosotros un enigma.

El capitán Forrester me había pedido calma, rogándome que no me precipitase, que esperase nuevas acciones de mi *competidor*. Esa

nueva acción, había sido un simple escrito amenazador, prueba de su ególatra personalidad. Pero nada más.

Forrester seguía recomendando serenidad. Estábamos esperando.

Esperando algo. Una iniciativa del Monstruo de Manhattan.

Iniciativa que no tardaría en presentarse.

Justamente aquella misma noche. Y por partida doble.

Esta vez fueron dos crímenes simultáneos. Un asesino, cuando encuentra a su víctima en compañía de otra persona, no tiene otra salida: mata a las dos...

El timbre del teléfono me despertó cuando amanecía. Me puse en pie de un salto, precipitándome al aparato casi con avidez. Desde hacía poco tiempo, cada llamada era como una ventana abierta a lo desconocido, a lo emocionante. Y eso que no eran ofertas de contratos teatrales...

Connie ni siquiera se despertó. No la hubiera despertado ni una nueva bomba nuclear lanzada en pleno Broadway. El insomnio nervioso de noches antes, desde que acepté mi papel en aquella representación, había dado paso a largas horas de sueño, gracias al sedante que le facilité. Le hacía mucho bien, en estas noches cargadas de tensión y de incertidumbres.

—¿Sí? —dije—. Whitman al habla...

—No se demore —oí hablar al capitán Forrester—. Esta vez, todo ha sido peor. Venga preparado, Mark.

—Preparado, ¿para qué? —Fue mi tensa pregunta.

—Ya se lo dije. Para lo peor.

—Está bien. ¿Adónde?

—Le espero... en casa de Martin Ryan. No tarde, por favor. Y no llame a Martin. Venga directamente aquí.

Colgué, sin pretender ahondar en su misteriosa llamada. Me vestí con rapidez y, sin despertar a Connie, dejé una nota en su mesilla y abandoné con rapidez mi apartamento. Sólo veinticinco minutos más tarde, llegaba a casa de Ryan. Los coches patrulla cercaban la manzana. Los contemplé en silencio, mientras avanzaba con rápida zancada hacia el edificio. El capitán Forrester me esperaba en la entrada. Su rostro aparecía pálido y huraño. Casi no parecía ser él.

—Pero... ¿a qué viene todo esto, capitán? —Mi voz sonó agitada, y mi gesto debió parecerle todo un poema.

—Ryan tenía trabajo toda la noche en la redacción. No ha sido informado aún. Tal vez usted pueda hacerlo personalmente. Creo que sería lo mejor.

—Pero..., pero ¿por qué diablos...? —murmuré, mirándole con gesto aturdido.

—Suba conmigo, Whitman —me invitó el oficial de policía—. Y tome fuerzas. No es sólo Ryan quien tiene que encajar bien el golpe..., aunque su contundencia no sea igual en ambos casos.

Subíamos ya con rapidez las escaleras. Traté de apremiarle:

—¿Quiere explicarme, de una vez por todas, lo que se trae entre manos? ¿Qué ha sucedido aquí, exactamente?

Estábamos ya en el piso donde se alojaba Martin Ryan. Entramos en su apartamento. Había policías a la puerta. Y también dentro. Les miré como si fuesen objetos sin sentido; sin sentido en aquel lugar. Entonces empezó su informe el capitán de Homicidios, sin mirarme siquiera:

—Whitman, parece que el Monstruo cumplió su palabra... Dio el golpe que consideró más duro para Ryan... Su mujer, ¿entiende?

—¡Abigail! —exclamé, abriendo mucho los ojos. Solté un resoplido—. No puede decirme que Abbe, su mujer...

—Está muerta, sí —asintió, rotundamente, Forrester—. Con la aguja de acere en el corazón. Con los ojos vaciados.

—¡Cielos...!

—Eso no es todo, ya se lo dije —me miraba con una fijeza extraña—. Anoche, Abigail Ryan no estaba sola en esta casa... cuando el Monstruo llegó a ella. Mató a..., a *dos* mujeres, Whitman.

—¿*Dos*? —Di un paso atrás—. ¿Quién..., quién era la *otra*, capitán?

—Fue su esposa hace un tiempo, Whitman. Se trata de..., de Daphne Whitman... Las tías fueron víctimas del Monstruo de Manhattan...

CAPÍTULO II

—No tendréis queja de mí, ¿no es cierto?

Cierto y bien cierto. No podíamos tener queja de él. Había encajado muy bien el golpe. Maravillosamente bien. Ni siquiera parecía, ahora, un viudo reciente.

—Te habías hecho a la idea de vivir solo —suspiré—. No es lo mismo. Pero quizá te ayuda a llevarlo mejor, Martin.

—Quizá... —Se encogió de hombros, la mirada perdida en el vacío. Encajó sus mandíbulas, y ese gesto tenía fiereza, violencia contenida—. ¿Dónde estará, ahora?... ¿Dónde?

—¿Tu esposa? —pregunté, sorprendido.

—No. El asesino. Ése..., ese maldito bastardo hijo de... —se contuvo. Apretó los labios—. Perdonad. Creo que no soy tan fuerte como creía.

—Eres humano, Martin, no un robot —le recordó, secamente, el capitán Forrester—. Aunque ya no hubiera natía entre vosotros, era tu mujer. Aunque ibais a separaros... Abigail era un ser humano. Éste es un crimen odioso. Whitman, ¿su exmujer era amiga de Abigail?

—Sólo conocidas —fue Martin quien me libró de explicar todo eso—. Luego intimaron. Se llevaban muy bien últimamente... Con perdón para Mark... y con mis respetos para la difunta Daphne..., ella no era muy piadosa ni comprensiva...

—Nunca lo fue —sacudió la cabeza, negativamente—. Yo casi había olvidado cómo era. Pero supongo que influyó mucho en tu mujer. Era así, no podía evitarlo. Ahora... espero que Dios la haya perdonado, Martin.

—Sí, ahora ya no hay por qué hablar de ello... —Ryan alzó sus ojos hacia el oficial de Homicidios—. Capitán, ¿cómo entró ese asesino en mi casa?

—Usó la escalera de incendios y las ventanas posteriores. Debía

vigilar la casa, y estudió la mejor manera. Sin duda sabía, también, que trabajabas en la redacción esta noche. Pero debió llevarse una sorpresa al no encontrar sola a la mujer objeto de su ataque. Y eso le hizo precipitarse. Tuvo que matar a ambas.

—¿A las dos con agujas de acero?

—Sí, Martin. Ambas de igual modo, como siempre. Pero las prisas, el tener dos víctimas, y, posiblemente, el utilizar un bisturí mayor, le hizo fallar en la extirpación de los globos oculares. Vacío los de Abigail con cierta facilidad. Con los de Daphne no tuvo ya tanta fortuna, y desgarró uno, dejando el otro sin tocar. Sé que son detalles horripilantes en estas circunstancias, pero... debo hacerlo.

—Claro, capitán —asentí, con la cara hundida contra el pecho—. ¿Alguna pista esta vez?

—De momento, ninguna. Sigue siendo tan despiadado como astuto. Prometió atacar a Martin en algo muy directo, y lo hizo.

—Y por extraña ironía del destino, también me afectó a mí, aunque él no puede imaginar ni de lejos que, entre una de sus víctimas y su pretendido competidor, el Agresor Nocturno, hubiese la más leve relación...

—Así son a veces las cosas —respiró, con fuerza, el policía—. ¿Qué hacemos, ahora? ¿Seguir el juego, Martin?

—Por supuesto —me miró mi amigo—. Es decir, si Mark quiere...

—Aunque Daphne hubiera seguido significando algo en mi vida... seguiría adelante —le aseguré, con energía—. Es más, con mayor motivo en este caso, siquiera fuese con la idea de vengar su muerte... De todos modos, creo que deseo más que nunca ayudar a que caiga ese verdadero monstruo en manos de la justicia...

—Es un deseo compartido —asintió Martin sombríamente—. He pagado cara mi idea de..., de inventar un criminal. Pero es tarde para volverse atrás.

—Esta vez, será difícil quitarle la primera plana —comenté con tono amargo.

—Muy difícil —sentenció Forrester, ceñudo—. Va a disfrutar mucho ese monstruo con su gran victoria.

—Aún no ha vencido definitivamente —objeté—. Voy a tratar de quitarle, de nuevo, esa primera página, sea como sea. ¿Tiene ya una víctima adecuada, capitán?

—Por supuesto. El cuerpo de una joven rubia, muy hermosa... Nadie ha denunciado su desaparición. Ignoramos todo sobre ella. Se ahogó en el río...

—Creo que necesitaremos otro cuerpo más, capitán.

—¿Otro? —Me miró, sorprendido—. Whitman, la Morgue no es un supermercado de cadáveres disponibles. ¿Para qué necesita dos?

—El asesino ha aceptado esto como un reto. Bien. Si él ha apuntado dos víctimas en su haber, el Agresor Nocturno hará lo mismo. Eso le enfurecerá de un modo terrible.

—Su furia puede llevarle a una atrocidad. ¿Y si repite suerte, con más víctimas? Es capaz de todo...

—Hay que darle caza, capitán, lo antes posible. Si él es tan inteligente como suponemos, quizá llegue a caer en una trampa tendida también con inteligencia.

—¿Qué quieres decir, Mark? —me preguntó vivamente Martin Ryan.

—Algo muy sencillo —sonreí—. Este juego podría durar indefinidamente durante meses enteros, y ese hombre irse apuntando víctimas incansablemente. Hemos de evitar que ello suceda. Es preciso llevarle a una emboscada donde se nos revele su identidad real, y pueda ser capturado de modo definitivo.

—Eso no es tan simple —objetó el capitán de Homicidios—. Se olfatearía la trampa a una gran distancia. Además, ¿qué clase de emboscada puede tenderse a un hombre de quien ni siquiera sabemos el nombre?

—Sabernos algo, capitán —dije, con un repentino tono de astucia que les hizo mirarme con vivo asombro—. Sabemos que tiene que ser un cirujano oftalmológico. Sabemos que puede ser un hombre llamado doctor Valenti, o bien otro llamado doctor Karras... e, incluso, llevando muy lejos las cosas, el hijo de su buen amigo el forense; el joven doctor Nelson Ballard...

—¡Cielos!, ¿y qué ganamos con eso? No nos sirve absolutamente de nada. Ni siquiera podemos estar seguros de que esos dos notables médicos... sean posibles sospechosos. Y menos aún el joven Ballard...

—Capitán, no abundan los cirujanos de ojos tan hábiles —repliqué—. Si el doctor Ballard afirma que sólo esos dos, de entre los notables de la ciudad, han extraviado su bisturí especial o no lo

poseen entre sus instrumentales, puede significar que uno de ellos, de no ser el propio Ballard, es nuestro hombre: Valenti o Karras.

—Aunque fuese así, ¿cómo detener a esos hombres, a uno cualquiera de ellos? Sería un escándalo indescriptible, Whitman...

—Claro que lo sería. Yo no hablo de arrestar a nadie, capitán. Hemos creado una representación teatral en el escenario de la propia vida, ¿no es cierto? Bien, pues llevemos ese libreto hasta su final. Se inventaron un asesino. Dejen que ese asesino elija sus propios procedimientos, cuando los dispuestos por el autor han fracasado.

—¿Carta blanca, Mark? —preguntó Ryan—. ¿Es lo que pides?

—Algo así. Cambios en el libreto, eso es todo. En el tercer acto.

—Adelante. ¿Qué se te ocurre?

—Una idea sencilla: demostrar al Monstruo que yo soy el más listo. Es decir: intentar que crea que su adversario, el Agresor Nocturno..., está en ventaja sobre él.

—¿De qué modo? —se extrañó Ryan, olvidando, incluso, la doble tragedia que estábamos viviendo, para contemplarme con verdadero estupor, como si no entendiera adonde quería ir yo a parar con mis palabras.

—Del más sencillo que puedas imaginar —suspiré—. Enviando un mensaje anónimo al Monstruo, firmado por el Agresor Nocturno. Será un desafío concreto. El deberá responder, o habrá perdido la batalla. Y no sé por qué, a juzgar por ciertos términos de su mensaje al *Globe*, y de su propio temperamento y modo de obrar..., nuestro adversario debe ser un excelente jugador de ajedrez. Un hombre así, no derriba su rey hasta que no está realmente en jaque mate.

—Sería un golpe maestro —asintió Ryan—. Pero nos falta lo más importante para que puedas jugar esa baza tan audaz.

—¿Qué? —Le miré muy fijo.

—Conocer la identidad del criminal, su nombre, el lugar adonde escribirle. Un mensaje ambiguo, publicado en los periódicos, sin destinatario concreto, no haría mella alguna en su guardia. No caería en la trampa.

—Lo sé. No me refería a una misiva en la prensa..., sino a un mensaje *personal*.

—¡Personal! —resopló el capitán Forrester—. Imposible, Whitman. ¿A quién iba a dirigirlo, puesto que no sabe *quién* es el

Monstruo?

—Muy fácil. Enviaré *un* mensaje a CADA UNO de los sospechosos. Siempre el mismo. Habrá dos médicos que no harán el menor caso al anónimo o lo entregarán a la policía, como máximo. Pero quedará un tercero que se sentirá aludido por el texto recibido, y pensará que es *para él*, puesto que ignorará que otras personas recibieron igual carta.

—Eso sí tiene sentido —brillaron los ojos de Martin Ryan excitadamente—. ¡Cielos, Mark, eres algo más que un actor interpretando un papel de asesino en una farsa! ¡Se te ha ocurrido una idea magnífica!

—Una simple corrección al libreto, *ya* te dije —suspiré con aire cansado—. Acostumbran a hacerlo ciertos actores, cuando el final carece de fuerza... El tercer acto de cualquier obra ha de tener garra, espectacularidad... Eso forma parte de mi trabajo, no te extrañe que domine mejor ese terreno que tú, Mark.

—Parece que ambos pasan por alto un punto muy importante de los hechos —nos hizo notar bruscamente el capitán, con gesto ceñudo.

—¿Cuál? —Me volví a él, intrigado.

—Enviar ese mensaje al *verdadero* asesino... implica un riesgo terrible. La emboscada puede fallar, invertirse los papeles... y ser usted, Whitman, la nueva víctima del criminal.

—Todos estuvimos de acuerdo, siempre, en que ese riesgo existía desde el principio —repliqué indiferente—. Y, sin embargo, acepté seguir el juego... Ahora, dejen que yo lo siga a mi manera.

—Tendrá que permitir que estemos nosotros cerca, la policía...

—Por el contrario, estarán a una distancia prudencial, sin despertar sospechas en un hombre tan astuto y desconfiado... Si se huele cualquier artimaña, se nos escabullirá de modo definitivo, no lo duden. Y ése sería el final de la representación. Con un fracaso absoluto.

—No quiero fracasos —dijo, sordamente, Martin Ryan, poniéndose en pie—. No ahora, Mark. Por Abbe, por Daphne, por todos los demás..., ¡da caza a ese monstruo!

—Sí, Martin —asentí gravemente, bajando la mirada—. Es lo que pretendo. Y como tú dices, por Abbe, por Daphne, por todos..., debemos terminar con él de una vez por todas... A ser posible, esta

misma noche...

Acompañé a Martin Ryan hasta la Morgue, donde quedaron depositados los cuerpos de mi exmujer y de la suya. Como dijera el capitán Forrester, esta vez las amputaciones de sus ojos no tenían la perfección de otras veces. Pero la aguja de acero asomaba de sus corazones, y el bisturí había entrado en sus cuencas sangrantes. Nadie podía dudar, a la vista de ello, de que el Monstruo de Manhattan era el autor de los dos nuevos asesinatos.

Martin era un joven duro y entero. Soportó con firmeza el nuevo trance, y cuando salimos del depósito de cadáveres, Connie nos esperaba afuera, con ojos húmedos por la emoción. Imaginé que sentía dolor ante la muerte de la esposa de Ryan, y no por Daphne. Pero uno nunca está seguro de los sentimientos de las mujeres, entre ellas, y opté por no ahondar en el asunto.

Acompañé a mi amigo hasta la redacción, donde prefería permanecer, por el momento, en vez de volver a su casa. Antes de separarnos, tomó mi brazo con energía, me miró directamente a los ojos y me preguntó:

—¿Cuándo vas a redactar esa carta, Mark?

—Ahora mismo.

—¿Y enviarla...?

—Inmediatamente después.

—¿Sabes lo que vas a hacer? —insistió, sin quitar sus ojos de mi rostro.

—Sí, lo sé.

—Bien... Mucha suerte. ¿Seguro que no te haré falta esta noche?

—Seguro. Ve con el capitán, si quieres. Esto debo hacerlo yo solo. Recuerda que te has fabricado un personaje, Martin. Pero como en la obra de Pirandello, ese personaje se rebela contra su autor. Y actúa por su cuenta...

—Pero... ha de ser..., ¿ha de ser esta noche? —Esta noche, sí— afirmé. —Sin falta, Martin—. ¿Dónde?

—Eso... debo pensarlo —sonreí, gravemente—. El asesino auténtico, nuestro misterioso Monstruo de Manhattan..., será el primero en saberlo.

Soltó mi brazo. Me miraba con renovado interés, pero no me hizo pregunta alguna. Tal vez sabía que no iba a contestársela por el momento. La dirección escénica era ya tarea mía. La reforma del

tercer acto, también.

Me alejé de la redacción del *Globe*. Iba pensando en la carta que escribiría, por triplicado, dirigida a tres médicos especialistas de Nueva York. La misma carta para tres hombres de igual profesión. Para tres hombres, y un solo presunto asesino.

Doctor Richard Valenti, doctor Alexander Karras... y doctor Nelson Ballard.

Uno de los tres. Pero... ¿cuál?

Eso correspondía al tercer acto. Y no se había levantado aún el telón para iniciarlo. Pero faltaba ya tan poco...

CAPÍTULO III

(EN TERCERA PERSONA)

El doctor rasgó el sobre cerrado, dirigido a su nombre, a su propio domicilio. Era una carta no enviada por correo, sino depositada en su buzón personalmente. No sabía por quien.

Había oído caer la misiva por la abertura de su puerta. La recogió del suelo. Cuando salió al exterior, no encontró a nadie. Era extraño. Pero no particularmente inquietante.

Contenía un pliego doblado. Escrito por una sola cara. Y escrito con muy breves líneas. A máquina.

Fijó sus ojos graves y pensativos en el texto. Comenzó su lectura, mientras una repentina palidez se extendía por su rostro. Crispó las mandíbulas, bajo el rostro suave, rasurado y terso. Las pupilas fulguraron. Le temblaron las manos, aferradas al papel escrito.

«Doctor:

»Sé quién es usted. Es mi ventaja. Ni soy tan torpe ni tan obsceno como cree. Le gano en inteligencia. Ya lo ve. ¿Sabe usted mi identidad? No, claro que no. Admita su fracaso.

»Soy yo quien le da jaque mate. ¿A que no se atrevería a probar lo contrario, frente a frente conmigo? Sin embargo, tiene una oportunidad. Soy tan superior que hasta puedo anunciarle mi próxima actuación. Esta misma noche. En el mismo lugar de la primera vez. No es una trampa. Más facilidad, imposible.

»Pero aun así, está derrotado. Arroje su rey.

»El A. N.

A. N. Sólo eso: las iniciales del Agresor Nocturno. Para nadie podían significar nada, excepto para él. Aquel texto, sería incoherente para otra persona que no fuese el Monstruo de Manhattan.

—¡El Agresor lo sabe! —jadeó el médico, mortalmente lívido—. ¡Conoce mi identidad, maldito sea! ¿Cómo..., cómo pudo averiguarla...?

Estaba confuso, aturdido. Y, lo que era peor, humillado. Aquella misiva era la prueba concluyente de que le superaba alguien. Le había vencido en toda línea. No podía, no quería admitirlo. Pero era la realidad. Una amarga, increíble realidad.

—¡No, nunca! —rugió, de pronto, poniéndose airadamente en pie, con colérica expresión y ojos fulgurantes—. ¡No puede vencerme un ser vulgar, un maldito enfermo sexual, perseguidor de..., de simples mujerzuelas...! ¡Yo soy superior a él! ¡Debo demostrarlo!

Luego, se quedó pensativo, abatido. No tenía sino su propia convicción sobre eso. La prueba demoledora estaba allí, sobre su mesa. Cuando aún no se había repuesto de una emoción... llegaba otra mayor. Inaudito.

Paseó por la estancia. Su mente hervía, en estos momentos. Releyó de nuevo la carta. Burda, pensó. Escrita por un hombre vulgar, pero seguro de sí mismo.

Y que conocía de él incluso su amor al ajedrez...

No es una trampa... Era una de las frases. Podía ser mentira, claro. Pero de todos modos tenía que acudir.

Y acudiría. Era un reto. Un desafío. No podía rehuirlo. No debía declararse vencido. Era monstruoso imaginarlo... ¡El, que era superior a todos; que era un genio del crimen...!

—Iré... —susurró—. ¡Esta noche estaré allí, Agresor Nocturno! Y veremos quién de los dos vence...

Luego, dispuso los detalles de su propia estrategia ante el adversario desconocido. Ahora, sí. Ahora había comenzado el tercer acto de la tragedia.

Se iban a enfrentar en él sus dos protagonistas: el asesino verdadero... y el criminal prefabricado.

CAPÍTULO IV

Battery Park, otra vez.

Miré a mi alrededor, pensativo. Admito que también preocupado. No soy un cobarde, pero tampoco soy un idiota. No tendría miedo, pero sí aprensión. Después *de* todo, estaba solo en el escenario que yo había elegido. Los agentes del capitán Forrester, y el propio capitán, con Martin Ryan, estaban lejos, a prudencial distancia. Demasiado prudencial quizá. Pero si eran vistos o intuidos, todo se derrumbaría.

Estaba yo sólo en mi propia escena final. Esperando. Seguro de que esa aparente soledad era engañosa por completo. El asesino había recibido su misiva. Seguro. Lo crié no sabía, es quién de ellos tres sería. Pero el que fuese, sabía que el sitio era Battery Park. De modo que acudiría. Quizá ya había acudido. Era posible que estuviese allí antes de llegar yo. Pero ¿dónde? ¿En qué forma?

La trampa pedía volverse contra mí. El cepo mortal podía ser contra mi persona. Era el riesgo calculado. Sólo así, el monstruo saldría de la oscuridad. Sólo así, se decidiría a mover sus fichas para proteger a su rey amenazado y darme jaque mate a mí.

Era un duelo silencioso, tenso, electrizante. Las sienes me martilleaban con fuerza. Mi corazón latía con ritmo acelerado. Tenía las manos frías, levemente húmedas. Miraba en todas direcciones. Algún reloj, en alguna parte de la oscura noche húmeda, desgranó hasta dos campanadas. Madrugada. Muy tarde. Así no había nadie en el parque.

Siempre había alguien. La chica paseaba junto a una farola, en dirección a alguna parte. Su bolso era de charol rojo, como sus zapatos de increíble tacón. La contemplé. Mi faz enmascarada, con el pañuelo negro, había sido descrita ya en los periódicos por las muchachas que yo persiguiera. Había empezado a hacerse tristemente popular en Nueva York. Si ella la veía, saldría como

alma que lleva el diablo. Era lo mejor, por si el otro asesino, el auténtico, merodeaba por allí...

Avancé decidido. Paso rápido, elástico. No tuve que empuñar esta vez el cuchillo amenazador. No hacía falta.

La chica se volvió, esperando quizá un plan trasnochador... Apenas vio mi rostro y mi figura, exhaló un gemido ronco, se quedó muda, y finalmente echó a correr, perdiéndose por entre los setos, sin lograr siquiera emitir un grito de terror.

Los peligros se incrementaban por momentos. Si la chica hallaba a algún agente de servicio y recuperaba el habla, sería otro problema para mí. Procuré no pensar en él.

Seguí por les vericuetos sombríos del parque, alejándome de las zonas iluminadas por las farolas. Mis ropas oscuras me permitían fundirme con la oscuridad. El hecho de que no captara ruido de pisadas, presencia humana alguna, iba aumentando la tensión de mis nervios.

Era obvio ere él estaba allí ahora. Lo intuía. Casi podía presentirlo. Pero ¿dónde? ¿Quién acechaba realmente a quién, en aquel siniestro juego de silencio y de muerte?

Llegué a otra zona iluminada del parque. Me paré en seco. La madrugada resultaba mucho más concurrida de lo que imaginaba..., al menos de cierta clase de personas, que no eran las que yo buscaba, ciertamente.

Otra profesional de la noche deambulaba por el parque, dándome la espalda. Tenía una hermosa, larga melena pelirroja. Vestía un llamativo sobre todo amarillo encima de su alta figura. El bolso que colgaba de su brazo era color azul, como sus botas. Me detuve, irritado. El juego empezaba a aburrirme. Era siempre igual.

Di unos pasos. Me aproximé a ella. La oí canturrear entre dientes, tan distraída que ni siquiera pareció captar mi presencia. Cuando estuve muy cerca de ella, a sus espaldas, resolví que era el momento de ahuyentarla con un buen susto, para que dejase el campo libre a mi adversario.

Di unos pasos más, muy pocos. Hablé con ronca voz, bajo mi negra máscara, para forzar su giro hacia mí:

—El Agresor Nocturno es feliz de encontrarte, preciosa...

Ella se volvió vivamente. Tampoco gritó. Se encaró conmigo de modo súbito.

Luego, vi venir hacía mi corazón una larga aguja de acero, empuñada por sus dedos enguantados...

La mujer... ¡era el Monstruo de Manhattan!

Me había logrado sorprender en mi propio terreno. Una perfecta táctica de desorientación, imaginando, mi maniobra. Siempre había sabido que estaba a espaldas tuyas. Con disfraz de mujer, con prendas que disimularan su sexo, como el sobre todo amarillo, las botas, la peluca pelirroja...

El rostro maquillado que se encaraba a mí, resultaba grotesco, pero temible. La mano no vaciló al lanzar su golpe mortal contra mi corazón. De no estar presto, creo que hubiera terminado el drama con la muerte del primer actor. En este caso, yo, por supuesto.

No sé si tuve suerte, acierto, o ambas cosas a la vez. Mis reflejos me salvaron de sentir el punzón helado de acero a través de mi víscera cardíaca, desgarrándome la vida. Salté atrás lo preciso, y la aguja se clavó en mi oscuro sobre todo, ensanchándose en él.

Eso no frenó al asesino. Emitió un rugido sordo entre sus labios pintarrajeados, y sus ojos varoniles centelleaban, tras las postizas pestañas de mujer. Fue ahora su mano zurda lo que se precipitó sobre mí. Con otra aguja de acero.

Ambos sabíamos en ese momento, creo yo, que el duelo era a muerte. Que uno de nosotros se iba a quedar allí para siempre. Lo sabía él. Lo sabía yo. Estábamos luchando por un triunfo final. Y por la supervivencia.

De nuevo el golpe del acero me pasó cerca, pero no me alcanzó. Sólo que esta vez no soltó la aguja, y la retuvo en sus dedos, sin llegarse a enganchar en parte alguna. Reculó, mirándome malignamente, con odio incontenible.

—¡Maldito asesino de baja estofa...! —le oí farfullar—. No mereces vivir. Eres un farsante, un sucio y vil imitador, un bastardo miserable, que pretende destruir mi bella obra de arte criminal... ¡Te destrozaré por ello, cerdo!

Volvió a tomar impulso y se precipitó sobre mí con su aguja a punto para el ataque definitivo. Yo me había enfrentado hasta ese momento a él sin armas. Ahora no vacilé, pese a que creí oír ruido en la hojarasca y rumor como de pisadas rápidas, e, incluso, posiblemente, alguna voz, llamándome.

Saqué mi mano de entre las ropas. Empuñaba un arma. No había

ido indefenso a aquella cita de madrugada con la muerte. Nunca pensé en ir de otro modo.

Era una pistola automática, de calibre 32. Suficiente para evitar su ataque mortal. Suficiente para matarle a él. Suficiente para poner el telón al drama.

Disparé. Una sola vez.

Había aprendido a usar las armas de fuego en el ejército. Sabía manejar una pistola a aquella distancia. El Monstruo de Manhattan no tenía ninguna posibilidad contra mí. Ya no.

Le vi jadear, empezar a caer, con ojos desorbitados, mirándome colérico, con auténtico odio y desprecio a la vez.

—Miserable... —jadeó—. Es un sucio modo de... deshacerse de mí..., de terminar con alguien... más listo que tú...

Le contemplé en silencio, sin responder nada. Me despoje lentamente de mi pañuelo negro. Le miré y me miró. Bajo el maquillaje del falso rostro femenino, empezaba a asomar, de forma grotesca, la lividez de la muerte.

—El Agresor Nocturno nunca existió, doctor —dije al asesino, lentamente—. Fue solo un gambito de rey... para ganar la partida. Jaque mate, doctor. Lo siento...

—Doctor... Alexander... Karras... —recitó él lentamente, con orgullo, mientras su corazón perforado agotaba ya su aliento. Cayó de rodillas en la gravilla del sendero. Por allá, al fondo, entre los setos, vi asomar al capitán Forrester, a Martin Ryan, a algunos agentes de policía—. Doctor Karras... El Monstruo... de Manhattan... Pero no el asesino... No el asesino... sucio y despreciable de... de...

Martin y los demás llegaban ya allí. Les miré. Ellos miraron al moribundo. En ese momento, boqueó el doctor Karras. Cavó hacia atrás. Se quedó con los ojos vidriados, muy abiertos, fijos en el cielo nuboso sobre Manhattan. Ya no veía nada. Ya no decía nada.

No el asesino... sucio y despreciable... de mujeres de la calle... —completé yo con lentitud, tras la muerte de Karras. Luego, contemplé a Ryan, sonreí tristemente, encogiéndome de hombros—. Ya está, amigo. Telón...

—¿Por qué lo hiciste todo tú solo? —preguntó Ryan—. ¿Estás bien?

—Del todo —sonreí, quitándome la aguja prendida en mi sobre

todo oscuro—. Juco sus cartas, pero falló por poco. No hay duda: era listo, astuto como pocos. Convirtió una tranca para él, en otra para mí...

—Me hubiera gustado que confesara, que nos contase él su propia historia... —le contempló largamente el capitán Forrester, sacudiendo la cabeza—. ¡Lástima!... Ahora, tendremos que imaginarnos el resto de la historia, Whitman.

—No será difícil. Es la eterna historia de un hombre desequilibrado. Un gran médico, un cirujano de los ojos como el doctor Karras... convertido en un asesino, en un psicópata que se creía un genio en el campo del crimen... Un jugador de ajedrez que quería jugar con piezas humanas. Un hombre inteligente, que quería hacer un arte del asesinato. Y capaz de firmar sus crímenes con una mutilación horrible. Así era Alexander Karras. Seguramente nadie podrá explicarnos el porqué de sus actos, por una razón muy sencilla: porque nadie tampoco conoce los secretos insondables de la mente humana, capitán...

—Bien. Vámonos ya de aquí —el policía hizo un gesto a sus hombres—. Se han terminado los problemas para la policía. Un asesino ha dejado de existir... y el otro nunca existió. De un solo golpe, borramos a los dos azotes de la ciudad, para siempre.

—Es la ventaja de manejar asesinos inventados —sonreí—. Tal como llegué, me voy. Al caer el telón, la obra termina. El rey vuelve a ser solo actor. El héroe no es más que un ropaje y unos afeites para salir ante las candilejas...

—Telón... —suspiró Martin Ryan, asintiendo lentamente con la cabeza. Puso una mano en mi hombro—. Sí, Mark. Telón en el tercer acto. Fin de la comedia... ¿Vamos ya?

—Vamos —asentí—. Connie no sabe lo que proyectaba. Pero aun así, estará intranquila, a menos que haya tomado su medicina y haya logrado conciliar el sueño... Ya va siendo hora de que todos descanemos...

Nos alejamos de allí lentamente. Se quedó, bajo una manta, el cadáver del monstruoso asesino de Manhattan. Todo había terminado.

EPILOGO

CAPÍTULO PRIMERO

(EN TERCERA PERSONA)

Martín Ryan suspiró, dejando a un lado el grueso bloc de notas donde acababa de repasar los apuntes de su amigo. Miró risueñamente a Connie.

—Es como revivir de nuevo todo eso —comenté—. Mark no olvidó detalle en su transcripción de la historia...

—Por supuesto —rió la muchacha de buen grado—. Recuerda, Martin, que vais a publicar su historia en capítulos. Quiere tener una guía perfecta de los acontecimientos, paso a paso.

—Creo que yo no inventé nada, después de todo —comentó Ryan, sacudiendo la cabeza—. Es Mark quien tiene la imaginación. El fue el autor de la obra, salvo en pequeños detalles.

—El dice que sólo arregló el final, porque no era de su gusto el libreto. —Connie soltó una suave carcajada al comentarlo—. Ya sabes cómo es Mark. Creo que echará de menos el teatro, si no recibe ese contrato con el que sueña. Aunque parece ser que, por fin, lo tendrá. Stanopolos, el agente de Nueva York, nos ha llamado. Quiere hablar con Mark para una temporada en Broadway.

—Mientras no se le ocurra ofrecerle el papel de un asesino... —sonrió Martin Ryan con gesto burlón.

—Creo que rechazaría ese papel —sonrió ella—. No quiere volver a oír hablar de nada relacionado con los crímenes. Incluso se ha deshecho de las novelas policíacas que tenía en su biblioteca...

—No me sorprende nada... —Miró a Connie y cambió de tema —: Bueno, ¿y qué hay de esa boda vuestra? Imagino que será pronto...

—Muy pronto ya —asintió ella—. En cuanto haya adquirido la finca que quiere, con piscina, jardín, garaje, campos de tenis y todo

eso... Está loco con sus proyectos, Martin. Es un mundo nuevo el que se abre ante él. Resulta lógico que piense así...

—¡Eh, un momento! —se asombró él—. ¿Crees que tendréis dinero suficiente, pese a todo lo que esto le reporte, como para semejante tren de vida, Connie? Tal vez la falta de costumbre en manejar unos miles de dólares hagan perder a Mark la noción de la medida...

—¡Oh, no, no es eso, Martin! —negó ella vivamente—. Sólo con el dinero de tu periódico, con todo eso, no llegaría siquiera para la finca... Ha sido gracias..., gracias a la inesperada noticia... Fue una grata sorpresa, dentro de lo ingrato que había sido el tema, y lo penoso de su desenlace...

—Temo no entenderte, Connie —arrugó el ceño Martin Ryan, mirándola perplejo.

—Pero ¿es que no te lo ha contado aún Mark? ¡Cielos! Creí que no tenía secretos para ti... Mañana mismo entrará en posesión del dinero...

—¿Qué dinero?

—Los..., los quinientos mil dólares...

—Los... ¿qué? —Casi gritó Martin, abriendo enormemente sus ojos.

—Medio millón de dólares, Martin. Una fortuna. Una auténtica fortuna jamás soñada... Y todo porque Daphne tenía un seguro de vida a nombre de Mark, desde que era su esposa, y jamás lo llegó a anular... Mark pagaba sus pólizas últimamente, y ahora, al terminar el caso criminal, la compañía aseguradora ha hecho entrega a Mark de la orden de pago correspondiente...

Martin Ryan la contemplaba, estupefacto. No dijo nada. Se limitó a encaminarse a la puerta, con paso lento. Ya antes de salir, se decidió a despedirse de su joven amiga:

—Hasta pronto, Connie... Creo..., creo que ahora sí ya a caer el telón definitivamente... Pero nunca creí que la obra tuviera algo más que un tercer acto.

—¿Qué quieres decir? —Pestañeó Connie.

—Nada. Que también había un epílogo y éste se va a terminar, cerrando la obra de modo total.

CAPÍTULO II

(FINAL EN LOS APUNTES DE UN ACTOS)

Miré a Martin Ryan con fijeza. Sacudí la cabeza, sin inmutarme.

—Martin, amigo mío... ¿Qué estás diciendo? —murmure.

—Ya lo has oído, Mark. Lo has oído perfectamente. —Sí, claro. Pero..., pero es que no logro comprenderle.

—No trates de fingir, Mark. No conmigo. Leí tus apuntes. Luego, supe lo del seguro de vida de Daphne. Y todo estuvo claro para mí.

—Yo no finjo, Martin —sonreí—. Ya no. La comedia ha terminado, como tú dices. Cae el telón. Además, ¿de qué serviría fingir?

—Cierto. No sirve de nada. Está esa prueba irrefutable...

—No hubieras conseguido nada con mis apuntes. Ni con el seguro de vida de Daphne. No eran pruebas. Fue ese escrito del doctor Karras, en su despacho... Allí encontraste la prueba que buscabas, ¿no es cierto?

—Me bastaba tampoco por sí sola. Karras anotaba allí, minuciosamente, sus crímenes. Y había añadido una colorida postrera muy concreta. El negaba rotundamente haber cometido los dos crímenes de mi apartamento, Mark. Incluso quiso revelarlo al morir... y tú desviaste el tema. Daphne y Abbe no fueron sus víctimas. No tema por qué negarlo. Por lo tanto, si lo hacía, es que era inocente de esas dos muertes.

—Con ello, descubriste que alguien había matado a las dos. Alguien que no era el monstruo.

—Claro. Faltaba el autor. Y el motivo... De repente, vi claro. Ese seguro de vida... Una fortuna que justificaría que matases a tu exesposa. Lo malo es que tuviste que matar, también, a Abbe. Tú mismo lo dices en tus apuntes: «Cuando un asesino encuentra a dos

personas, y sólo quiere matar a una..., debe matar a ambas». Era claro tu modo de decirlo. Como tu forma de eludir tus impresiones personales sobre el suceso. Releyendo tus apuntes, se ve claro que eras tú el culpable... El sueño pesado de Connie, el sedante para que no despertase, mientras tú asesinabas a Daphne y a Abbe esa noche en que yo trabajaba en el periódico, la torpe forma de vaciar sus oídos, tan diferente a la técnica del verdadero asesino, lo bien que conocía el culpable el terreno que pisaba, el hecho de que ninguna de ellas gritase, a verte llegar... Por eso montaste la trampa y mataste a Karras. Sí, Mark. TU FUISTE EL ASESINÓ. Es terriblemente irónico... ¡Yo *invento* un asesino... y resulta ser auténtico!

—Al principio, ni siquiera soñé con ese plan —confesé cansadamente a mi amigo—. Fue luego, cuando comprendí que igual daba atribuir al monstruo seis crímenes que siete u ocho... Lástima, Martin. Lástima que lo descubrieses... Hubiera sido muy feliz con Connie, con el dinero...

—¿Sin remordimientos?

—No sé —me encogí de hombros, pensativo—. No sé... Nunca quise pensar en lo que sucedería más tarde... Pero, Martin, tú fuiste, sin quererlo, el culpable de que todo esto sucediera. No se puede inventar un asesino. A veces, ya existe bajo cualquier apariencia normal. ¿Recuerdas lo que tú mismo dijiste una vez, Martin?, todos podemos ser criminales en potencia... Tenías razón. Yo lo era. No sólo un actor representando un papel. Como ha sucedido ya otras veces en la escena, el actor fue demasiado lejos... y se confundió con su personaje.

A veces, en el teatro, no se sabe dónde acaba la ficción y dónde comienza la realidad, Martin...

—Tal vez tengas razón. Lo siento. Lo siento de veras, Mark. Por todos... No creí que la farsa proyectada terminara así.

—Yo tampoco. En fin, es otro arreglo al libreto... hecho por el destino —me encogí de hombros—. ¿Se lo has dicho ya al capitán Forrester?

—Sí. Me dio tiempo para que primero habláramos tú y yo a solas. Viene ya para acá. Le costó creerlo...

—Lo imagino —solté una suave carcajada. Incliné la cabeza—. Bien... Cuida de Connie, te lo ruego. Lo va a necesitar...

—Cuidaré de ella, palabra... —calló, quizá porque no sabía qué decir. Yo también callé. No quería decir nada más.

En realidad, todo estaba ya dicho allí...

Termino mis apuntes en esta celda que ahora ocupo.

No sé lo que va a suceder. Sólo sé que Martin Ryan cumplió su palabra. Está ayudando mucho a Connie. Además, los dos son jóvenes, están solos y...

Bueno, no vale la pena pensar va en todo eso. Confiaba en una cadena perpetua o algo así. Pero corren malos vientos por aquí. Dicen que van a aplicar, de nuevo, la pena de muerte en este estado. Los rumores son muy explícitos. Y creo que bastante fundados.

Tal vez sea más justo así, no sé...

Yo, sencillamente, espero. Mi condena ha sido a muerte. Sólo hay que esperar lo que decidan sobre la pena capital y todas esas cosas. Tengo tiempo para esperar.

Creo que los apuntes se terminan. Como la farsa que interpreté en la vida real...

No. No se pueden inventar asesinos. Es peligroso. Demasiado peligroso.

Suerte, Martin. Suerte, Connie, querida. Fue un error. Un tremendo error. No debí hacerlo, pero era tan grande la tentación...

CAPÍTULO III

(EN TERCERA PERSONA)

Sí. Estaban esperando a ver la decisión sobre la pena capital.

Era noticia en los periódicos, en la televisión. Martin Ryan no quería pensar en ello, pero no podía evitarlo.

No, no podía evitarlo. Sobre todo, por Connie. Por ella.

Y eso que Connie iba olvidando. Iba dejando atrás malos recuerdos. Quizá como él mismo.

Después de todo, ambos eran jóvenes, vivían solos.

Sí. Era mejor no pensar en otra cosa, sino en ellos mismos. Sólo en ellos.

Connie parecía feliz al lado del joven periodista. Y él también, cuando estaba cerca de ella.

Eso podía significar algo. O podía significarlo todo.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

siempre en primera línea cuando se trata de ofrecer a los numerosos lectores que la honran con su adhesión los temas de mayor actualidad,

PRESENTA LA NUEVA SERIE TITULADA:

¡KIAI!

HÉROES DE LAS ARTES MARCIALES

a través de cuyos volúmenes se narra la epopeya de unos hombres que, sin otras armas que sus manos ni otro código que el de su peculiar filosofía, luchan esforzadamente por el

BIEN Y LA JUSTICIA

APARICION SEMANAL

RESERVE SU EJEMPLAR. PRECIO 20 PTAS.

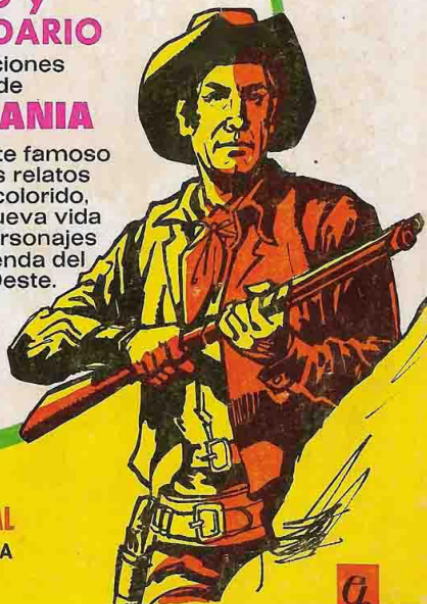
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.



